

IKORAD



Revista digital de literatura fantástica y de Ciencia ficción

No. 6

Octubre 2011

ESPECIAL
AGUSTIN DE ROJAS

DOSSIER

Agustín de Rojas



Editorial

El pasado 11 de septiembre falleció víctima de un paro cardio-respiratorio Agustín de Rojas Anido, el más entrañable de los escritores de ciencia ficción de la isla. Queremos que este número especial sea un humilde tributo a Agustín, no solo de parte de los que hacemos Korad y de los integrantes del taller literario Espacio Abierto, sino de todos los escritores y lectores de la ciencia ficción en Cuba. Y es que el legado literario de Agustín no se desvanecerá con su pérdida física, vivirá siempre en el humanismo y los valores éticos de sus personajes —ya sean estos astronautas de un futuro que hoy nos puede parecer improbable o el humilde carpintero de Nazaret—, en la calidad de su prosa y la brillantez de sus ideas. ¡Gracias por todo, Maestro!



CONSEJO EDITORIAL

Editor: Raúl Aguiar

Co-Editores: Elaine Vilar Madruga, Jeffrey López y Carlos A. Duarte

Corrección: Zullín Elejalde Macías y Victoria Isabel Pérez

Diseño y composición: Raúl Aguiar

Sección Poesía: Elaine Vilar Madruga

Sección Cómics: Eric Flores

Redacción y Administración: Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. 5ta. ave, No. 2002, entre 20 y 22, Playa, Ciudad Habana, Cuba.

CP 11300 Telef: 206 53 66

e-mail. revistakorad@yahoo.com

Portada y contraportada: Fotomontaje de Raúl Aguiar

Korad es un Proyecto Editorial sin fines de lucro, patrocinado por el Taller de Fantasía y CF Espacio Abierto y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Queda terminantemente prohibida su venta. Se autoriza su copia y redistribución de forma íntegra. Las opiniones vertidas en las páginas de Korad son exclusiva responsabilidad de los autores, no de los editores del ezine.

Índice:

- Encuentros lejanos con un amigo.** Daína Chaviano / **4**
- Ha muerto el hijo del Dragón.** Victor Hugo Pérez Gallo / **5**
- Adios a Agustín.** Leonardo Gala Echemendía / **6**
- Espiral (fragmento).** Agustín de Rojas / **8**
- Entrevista inconclusa a Agustín de Rojas Anido.** Yoss / **14**
- De la eticidad en las novelas de Agustín de Rojas /** Raúl Fidel Hernández Capote / **22**
- Una leyenda del futuro (Fragmento)** Agustín de Rojas / **26**
- Trilogía de anticipación: Reflexiones y aflicciones.** Anabel Enríquez Piñeiro / **30**
- Falleció Agustín de Rojas, el más importante novelista cubano de ciencia ficción.** Anabel Enríquez Piñeiro/ **34**
- El año 200.** Kevin Fernández Delgado / **35**
- Agustín de Rojas: el honor de la ciencia ficción cubana.** Denis Álvarez Betancourt/ **36**
- A la muerte de Agustín de Rojas.** Gina Picart / **39**
- Año 200. Entre la utopía y la quimera.** Javiher Gutiérrez Forte / **41**
- Agustín de Rojas o la paradoja de una anticipación.** Rubén Artiles / **44**
- El año 200 (fragmento)** Agustín de Rojas / **48**

Encuentros lejanos con un amigo

[Daína Chaviano](#)



No puedo recordar la última vez que hablé con Agustín de Rojas, a pesar de que charlamos centenares de veces... o quizás precisamente por eso. Por mi memoria pasan, fugaces y mezcladas, tantísimas conversaciones a la sombra de portales, parques y encuentros literarios, en La Habana, en Santa Clara, en San Antonio de los Baños, y en otros sitios que los años han borrado de mi mente. No puedo separar unos diálogos de otros porque nuestra amistad fue siempre un diálogo infinito, interrumpido finalmente por mi salida de la isla. Siempre creí que retomaríamos la conversación donde la dejamos.

Hoy, al enterarme de su muerte he vuelto a hojear parte de la correspondencia que nos cruzamos cuando yo vivía en Cuba, en una época en la que Internet y el correo electrónico dormían el sueño de la ciencia ficción. Descubro de nuevo los argumentos olvidados, las hipótesis, las ideas acerca de proyectos que nunca vieron la luz (¿o quizás están engavetados, confundidos entre esas novelas que, según he leído ahora en Internet, escribió y jamás publicó?). Exponía sus razones con una lógica incisiva y perseverante, intentando convencer al oponente; y si no lo lograba vencerlo con su ingenio, al menos lo conseguía por cansancio.

La única vez que recuerdo haberlo persuadido de algo sin necesidad de argumentar mucho fue cuando, después de haber formado parte del jurado que le otorgó el Premio David de Ciencia Ficción, logré que cambiara su nombre de nacimiento (Agustín Rojas Anido) por un *nom de plume* que me parecía más memorable para los lectores. Después de aquella primera y —que yo recuerde— única victoria fácil en un debate con él, el resto de nuestras conversaciones fueron un maravilloso e interminable diálogo donde buscábamos nuevas rutas para ampliar y desafiar las ideas del otro. Por ello, la suya fue una de las amistades más enriquecedoras de mi vida literaria.

Sospecho que, si la reencarnación existe, ahora mismo debe estar haciendo el repaso exhaustivo de su vida, junto a sus guías espirituales, antes de decidir dónde y cuándo regresará para continuar ese eterno aprendizaje del alma. Casi puedo verlo, volviendo locos a esos pobres seres de luz, mientras les hace el detallado recuento de su paso por este mundo y les explica los pormenores de su más reciente existencia, relatando cómo cumplió lo que se había propuesto. Estoy segura de que, a diferencia de otras almas, la suya retornará pronto. Con su humilde sonrisa y su infinita agudeza, su espíritu no tardará mucho en agotar y vencer a sus propios maestros, persuadiéndolos de que ya es hora de enfrentarse nuevamente a los molinos de viento.

Ha muerto el hijo del Dragón

Victor Hugo Pérez Gallo



“Este libro está dedicado a quienes eligen el miedo”, fue la primera frase que leí del grueso volumen que mi abuela me regalaba por mi cumpleaños en la lejana tarde de 1992. Un año de penurias que yo, un adolescente con los ojos siempre listos para el asombro, no me percataba desde el mundo de utopías que había construido sobre mis libros. Cuando mi abuela iba a la Habana, metrópoli de mis sueños en aquel entonces, mis primos le pedían caramelos, ropas, flautas de juguete; yo le pedía libros, preferentemente de ciencia ficción. Así me fui haciendo una pequeña biblioteca que aumentó con los años en ese perdido poblado del norte de Camagüey que se llama San Miguel del Bagá donde pasé parte de mi infancia, correteando entre ruinas de trochas españolas e historias de los mambises. Allí supe que el pueblo lo habían quemado dos veces los insurrectos, allí leí con fascinación, con horror infantil, ese libro que en mi opinión es un clásico poco reconocido por la crítica cubana: **El año 200**. Una novela que sería un clásico en cualquier lugar del mundo.

Yo me había leído con fruición a casi todos los escritores soviéticos de ciencia ficción, los hermanos Strugatsky, Vladimir Savchenko, Alexander Kasantzev, Evgueni Lukin, entre otros tantos; había leído “Alien el Octavo pasajero”, “los Mercaderes del Espacio”, alguna que otra vez había hojeado una edición bilingüe búlgara de cuentos de ciencia ficción y releído la excelente obra de Karel Capek. Había leído hasta la saciedad a los escritores cubanos entre los que sobresalía Oscar Hurtado por su sincretismo de las leyendas universales y cubanas y la ciencia ficción, claro que la palabra sincretismo la aprendí después, en la universidad. Pero el año 200 era otra cosa: era un desafío a mi inteligencia adolescente, era un mundo nuevo construido de tal forma que era cierto, no había podido ser de otra forma. Después he tenido la oportunidad de leer obras que se le acercaban estilísticamente, en solo un mes cuando pasaba un postgrado en Barcelona aproveché y me leí Philip K. Dick casi completo, pero nunca he sentido de nuevo las sensaciones de la lectura de la novela **El año 200** y sus descripciones de un mundo futuro. Una novela apenas mencionada en la actualidad y que merece una reedición de lujo. Comencé a preguntarme quién era ese autor. Supe que era de Santa Clara; alguien me dijo que tenía otras obras, las busqué, las devoré.

En alguna librería de libros viejos, años después, me vendieron “El Publicano”. Yo era un estudiante de la universidad que iba a escuchar hablar de Platón y Descartes con los zapatos cosidos con alambre y que dio sus últimos dineros para poder leerse la historia de un Cristo, acaso más humano que el bíblico, escrita por Agustín Rojas. Ya quería conocerlo, porque sus libros a lo largo de los años habían sido mi acicate para escribir, para no decaer ante las miserias humanas, eran un aliciente para poder seguir viviendo en el lodo de la vida cotidiana. Y siempre posponía mi viaje a Santa Clara, donde amigos queridos me invitaban. Me decía que podría ir el mes que viene, el año que viene, el siglo que viene. En estos días terminé una novela que me hubiera gustado que él leyera, y expresarle, como le dije en sueños muchas veces, que admiraba su obra y su vida de hombre recto y fabuloso. Pero no tuve tiempo. De repente, en estas tardes lluviosas de septiembre del 2011, mi abuela que me crió y Agustín de Rojas ya no existían. Me había quedado solo, agarrando con fuerza **El año 200** y deseando que no fuera cierto, anhelando que su muerte solo fuera una más de las fantasías que yo leía cuando era adolescente.

Septiembre y 2011

Adiós a Agustín

Leonardo Gala Echemendía

Tomado de <http://bajavel.blogspot.com>

Fotos: Actividad de la Peña La Piedra Lunar, Santa Clara, julio de 2011.

“Conocí” por primera vez a Agustín mientras cursaba el oncenno grado en la Lenin. Recuerdo que una amiga me prestó **Una leyenda del futuro**, porque sabía que a mí lo que me gustaba de verdad eran los libros de ciencia ficción dura “y este sí que está bueno, Leo, de verdad que no es como otras cosas que andan por ahí”.

Decir que me gustó aquel libro, con su portada verde y hojas amarillentas, sería decir bien poco. Me atrapó desde la primera página, esa misma tarde me lo leí de punta a cabo, al día siguiente lo releí, y apenas salí de pase me llegué a la calle Obispo, para comprar en la librería "La Moderna Poesía" mi propio ejemplar; que luego presté y presté, hasta que no regresó a mis manos. Eran otros tiempos, claro; los libros valían centavos, las tiradas eran inmensas, y todavía en "La Moderna Poesía" un estudiante de preuniversitario podía pagarse el libro que quería, sin comprometer el salario que ganaban sus padres.

Mejor aún, aquellos eran años en los que podía encontrarme en librería (con mucha mayor frecuencia que hoy), un libro de los que quieres conservar por el resto de tu vida; sorprenderme con el hecho de que era obra de un escritor de mi país; y (¡además!) descubrir, leyendo la nota de contraportada, que el libro que tenía en mis manos era ya el segundo título publicado por su autor, biólogo y santaclareño para más señas; y que con el primero se había ganado nada menos que el Premio David de CF de 1980.

¿Quién era aquel Agustín de Rojas Anido? ¿Cómo hacía alguien para poder escribir así? ¿De dónde se sacaba a personajes como Gema, Isanusi, Thondup, Alix, Pavel, y Kay? ¿Cómo podía describir tan vívidamente a un grupo de adolescentes del futuro; y luego matarlos, mutilarlos, enloquecerlos, enfrentar a los sobrevivientes entre sí; y todo eso tan lejos de Audo, el mentor bondadoso y “conflictivo” de la Academia Pre-cósmica, pero a la vez tan cerca de su sombra ética...?

Sigo todavía hoy sin encontrar una respuesta satisfactoria a todas estas inquietudes sobre su escritura; pero como lector, aquel primer encuentro con su prosa me dejaría la costumbre por años de agobiar a mis amigos con dos preguntas. La primera, "¿sabes si ya salió el tercer libro de Agustín de Rojas?"

La segunda, "¿quién tiene **Espiral**...?"

En 1990 salía publicado **El año 200**, la que en mi opinión es, además de su mejor novela, la obra más conseguida de la ciencia ficción cubana. Agustín daba rienda suelta en ella a todo su potencial imaginativo, y regalaba a sus lectores un verdadero texto de culto, en el que se prodigaba en maravillas tecnológicas, magistralmente insertados en un entorno de utopía social. Valgan tan solo dos ejemplos de cuan buena podía ser su fabulación estructurada: las Puertas teletransportadoras y el Ovo; adelantos posibles gracias a la Isogravítica, a una ciencia “no comprensible para humanos normales”; así como las mejoras aceleradas de la mente de los cibos, producto de la remodelación de sus funciones cerebrales.

Pero él no se detenía allí, en los artilugios y las ventajas tecnológicas. Su mundo, avanzado en todos los órdenes, estaba surcado por profundas grietas estructurales. En su Tierra, a pesar de tantos avances, habitaban comunidades envueltas en la incomprensión, la desidia, el odio, y las actitudes retrógradas. Todo eso a solo 200 años de haber sido borrado de la faz de la Tierra el Imperio del capital. Quizás, precisamente por ello...

Veinte años después, todavía sigo viendo en este libro la mejor muestra de la vocación altruista de su autor, de su deseo de querer alertar, a quienes construían una sociedad más justa, del peligro de creer que se ha construido el mejor de los futuros posibles, y perder así de vista que el progreso humano carece de última etapa. Cargado de cierta ingenuidad política, no era **El año 200** un libro perfecto, pero sí era un libro honesto. Honesto como su autor, quien, tras publicarlo, decidió no continuar escribiendo para su universo imaginado, pues sentía que ya no podía extrapolar al futuro el entorno social en que vivía, de forma creíble, tras aquella estrepitosa caída de la Unión Soviética, y sus satélites políticos en la Europa del Este.

Pasaron algunos años más, y casi a mediados de los 90, mientras cursaba la carrera, por fin pude tener en mis manos aquel libro que ya creía mítico, de tanto que lo había buscado sin encontrarlo (y que todavía conserva casi intacta su fama de incapturable, por cierto). Estudiando un día en la Biblioteca Nacional consulté el catálogo y... sí, allí estaba **Espiral**. Lo pedí, me senté en el área de consultas (no era posible sacarlo en préstamo), y lo leí con la

misma necesidad de llegar al final con que había leído aquel primer libro suyo que me prestara mi amiga en el preuniversitario. Me lo leí de un tirón, como si no tuviera una prueba a la semana siguiente; ni hambre por no haber desayunado aquel día; ni los inevitables problemas con el transporte para llegar a mi casa en Alamar, si abandonaba la Biblioteca más tarde de lo que había previsto.



Y sí. Era muy buen libro **Espiral**. Me gustaban más los otros que venían después, aquellos que ya tenía en mi casa, y que para entonces ya había releído varias veces; pero este primer libro suyo era realmente bueno. Ahí estaban sus preocupaciones sobre tecnología y ética, y sobre cómo hacer renacer un mundo devastado que se recibe como herencia del egoísmo. Allí me esperaba Milaé, precursora de Gema, y de Alice “Ojos Bellos” Welland. Y ahí estaba su innata habilidad para la especulación científica. Aquella pasmosa imaginación, que justo aquí empezaba a construir la cronología fragmentada de un tiempo en el que lidiar con las leyes de la ciencia, y con las de la sociedad, sería una tarea extremadamente dura, pero necesaria, en el camino del desarrollo social.

En el 2000, conocí que se había creado un Taller Literario con el nombre de esta primera obra suya, y no pude menos que coincidir con la elección, sin haber conocido todavía a sus integrantes.

Conocí finalmente a Agustín en el 2009, durante una de las sesiones del taller Espacio Abierto, cuando este sesionaba en la Casa de la Cultura del municipio Playa. Recuerdo vagamente que, en cuanto pude reaccionar de la sorpresa que me causó su llegada, exigí cierto derecho de fanático honorario, o algo así; para mantenerme a su lado durante todas las fotos que le hicieran. Eran demasiados años esperando poder verle en persona.

Al terminar el taller, recuerdo que caminamos juntos de regreso, y que al final nos quedamos hablando un poco más, mientras él esperaba la guagua que lo llevaría al Vedado. Se sorprendió mucho de que tuviera en mi casa hasta su ensayo **Catarsis y Sociedad** (“hermano, ¿y dónde tú encontraste eso?”, me preguntó, riéndose como un niño que no puede creer lo que le dicen). Desvariaba un poco a veces; me pareció que en parte era la edad, y en parte también la costumbre de mantener bien atado el hilo de sus argumentos. Le pregunté por algunos pasajes de sus libros, cosas que siempre me habían intrigado mientras releía sus novelas (cosas algo picantes, por cierto), y me agradó compartir con él, por un rato, uno de esos momentos que sólo puede apreciar un fan de toda la vida. Me contó que planeaba una continuación de **El Publicano**; y que conservaba el deseo de seguir escribiendo novelas de CF, y en el mismo universo de su trilogía. Finalmente nos dijimos adiós. Yo todavía tenía mucho que preguntarle, pero la verdad es que él se notaba cansado, y ya debía regresar a casa de su hija, así que nos despedimos.

Al rato de marcharse me di cuenta que no le había dicho que, en mi cuento **Ed Dedos**, todo el asunto de la nave que se accidenta con “un siderolito improbable” lo había escrito recordando aquel primer libro suyo que llegó a mis manos, **Una leyenda del futuro...**

El pasado domingo 11 de septiembre, a las 7 de la tarde, murió Agustín de Rojas Anido. Se ha ido de repente el que fuera por años y años mi autor preferido de CF; preferido por su prosa impecable, no por el “natural” chovinismo de haber nacido ambos en esta isla caribeña. Se fue el Agustín que se ganó, con su imaginación, con sus personajes, con lo perentorio de las situaciones en que los colocaba; un lugar especial entre mis preferencias literarias, a la misma altura extrapolativa y emocional de Bradbury, Orwell, Le Guin y Gibson. Que se lo ganó por salir siempre en busca del ser humano, sin importarle lo escondido que pudiera estar. Y también por tener tiempo para echarle una mano a todo el que pudo, como atestiguan sus amigos y colegas de Santa Clara; ciudad de la que nunca se marchó.

Una de sus últimas fotos, de hace solo algunos días (tomadas en la peña que dirige el escritor Lorenzo Lunar, precisamente en Santa Clara), muestra a un hombre que se aleja, protegiéndose del sol con una sombrilla oscura llena de estrellas. En cualquier foto de otra persona, el detalle lo consideraría un mero accidente. Una sombrilla, y un patrón de figuras que, por azar, hacen referencia a la imagen que tenemos culturalmente de los astros. Casualidades de la vida, no más.

Con Agustín, en cambio, pienso que regresa a la constelación de donde vino...

Espiral

(Fragmento)

Agustín de Rojas



CAPITULO III

Una sorprendente alucinación

—Es del conocimiento de todos que se encontró entre los restos de Gazel un manuscrito de considerable extensión, afortunadamente intacto; lo que quizás no sepan es su contenido... No se trata de la copia de un libro precatastrófico, como se supuso inicialmente, sino un auténtico diario cuyas últimas anotaciones llegan hasta la decisión de Gazel de acercarse a la Base. Pueden comprender lo que esto significa; ahora disponemos de un testimonio de primera mano sobre un grupo de sobrevivientes prácticamente invaluable. Otra suposición inicial, que la vida solitaria de Gazel se debió a la expulsión de su comunidad de origen por su peculiar fenotipo, se reveló igualmente errónea; según lo expuesto en su diario, fueron disensiones puramente internas las que lo obligaron a abandonar su grupo, integrado totalmente por hombres y mujeres araña.

Alma se detiene; observa los rostros sorprendidos ante ella. «Conseguido el efecto; ahora a aprovecharlo.»

—Debemos confesar que nos asaltó la duda; ¿la imagen dada por el diario no sería una forma de compensación psicológica por su soledad? Había que comprobarlo. El análisis efectuado demostró una coherencia interna total: dado el nivel de conocimientos de Gazel, le hubiera sido imposible crear un universo tan real. Para eliminar cualquier resto de duda, decidimos aprovechar la precisión de las indicaciones geográficas del diario y reconstruir a la inversa su recorrido hasta llegar al punto de partida: la isla del río donde habitaba su grupo. Y se encontró....

Alma espera a que cesen los murmullos. «Alexandr supo guardar el secreto; hasta Wu se muestra sorprendido.»

—El examen de los restos óseos encontrados confirmó el manuscrito; la comunidad de hombres araña existió... Aunque tememos que haya desaparecido definitivamente; la exploración reveló también rastros de una crecida excepcional del río, ocurrida hace diez o doce años, y pese a los esfuerzos de Alexandr no se ha podido

localizar su nuevo emplazamiento. En todo caso, se ha confirmado la veracidad de ese importante aspecto. Lógicamente, surge una cuestión: ¿Cómo pudo aparecer en un periodo tan breve, en términos relativos, un grupo numeroso y homogéneo de seres humanos con un fenotipo tan altamente diferenciado? Tratamos de encontrar la explicación en el propio diario; allí se registran con detalle los recuerdos de un anciano llamado Obeu, que se remontan hasta los años 60-65 después de la Catástrofe. Sorprendentemente, vuelve a surgir el mismo cuadro: una comunidad formada exclusivamente por hombres araña, e inclusive mayor que en tiempos más recientes... No se puede dudar de la cronología. Gazel se caracteriza por su extremada precisión en este aspecto; formaba parte de sus deberes como hombre-sabio de su grupo el llevar el registro exacto del tiempo. Gracias a él, se ha podido precisar la fecha de la Catástrofe con un margen de error de un solo día; ocurrió cuarenta y seis días después de la partida de la Altair rumbo a Aurora... Regresamos al tema; la primera hipótesis propuesta...

A corta distancia de los ojos, las ramas oscilan, movidas por la leve brisa... Cuidadosamente, las separa; allí está el pueblo de los extraños. Adentro, siente crecer mezclados temor y curiosidad, ¿dónde están ellos? De algún lugar impreciso, llega el conocimiento: allí, en la choza grande. ¿Edificio Principal? Suavemente, deja cerrarse las ramas. Una inexplicable sensación de angustia brota, crece, lo inunda, lo hace dar media vuelta, adentrarse en la intrincada vegetación...

—El análisis probabilístico no deja lugar a dudas: absolutamente imposible. Había que tomar otro punto de partida...

Derek sacude la cabeza: «¿Otra vez? No hay dudas: la causa es el estar escuchando esta conferencia sobre los hombres araña... Imposible irme; Alma se ofendería, quizás tenga que aclarar algunas dudas.» Apretando firmemente las mandíbulas, vuelve a concentrarse.

—Quizás nos adelantemos a la próxima exposición de Derek sobre la estructura social y evolución histórica de los hombres araña; mas es imprescindible un somero esbozo de la historia descubierta mediante el diario. En tiempos de la infancia de Oben ocupaban una zona boscosa...

Sobre el mapa aparecido repentinamente en la pared, el puntero de Alma traza un círculo:

—Aproximadamente aquí: Existía otra colectividad que le disputaba el área en cuestión; muy posiblemente, hombres de fenotipo más normal, según la descripción de Oben. La lucha concluyó con una sangrienta derrota de los hombres araña; se vieron obligados a abandonar el terreno en disputa y huir, siguiendo esta ruta...

El puntero serpentea por la pared-mapa.

—Atravesaron una ruta expuesta a ocasionales nubes de polvo radiactivo; muchos perecieron, tanto por enfermedad como por hambre. Prácticamente no hay recursos alimenticios en este trecho... Lograron alcanzar las riberas de este río; se instalaron en las cavernas situadas en el acantilado de la orilla izquierda, adoptando una economía fluvial basada en la pesca y captura de peces y pequeños crustáceos; al parecer, habían encontrado la paz. A orillas de este río nació Gazel. No había pasado su primera infancia, cuando surgió otro nuevo peligro: una invasión gradual de roedores mutados, que denominaron ratas rojas. Organizadas, altamente agresivas, a medida que su número creció, aumentaron correspondientemente los daños: devoraban las reservas alimenticias del grupo, los niños, ancianos y en general a cualquiera que se encontrara desvalido. Tuvieron que abandonar su emplazamiento por segunda vez; bajaron por el río en balsas, hasta encontrar un islote de mediana extensión, en donde estaban a salvo de sus últimos enemigos. Allí no termina la historia. Poco a poco, se hace perceptible un nuevo fenómeno que amenaza directamente el futuro del grupo; la fecundidad disminuye, verticalmente, aumentan los recién nacidos anormales...

Delicadamente, pasa los dedos delgados por la faz de la mujer yacente: con una débil sonrisa, Anaé abre los ojos. Levanta con torpeza el tronco, bebe ávidamente el agua ofrecida, haciéndola derramarse por los bordes irregulares de la cóncava corteza. La visión del cuerpo hinchado provoca una oleada de piedad; se estremece. Ahora la enferma devuelve el gesto afectuoso; levanta el larguísimo brazo, pasa los seis dedos trémulos por su cara...

—... segunda hipótesis: a partir de los datos encontrados en el Instituto de Investigaciones Especiales...

«¿Anaé? Sí, indudablemente era Anaé: la compañera de Gazel. ¿Dónde estarán ella y su hija Milaé? Una verdadera lástima que la búsqueda fuera en vano: Seguramente vieron morir a Gazel; habrán huido a toda velocidad... Terminamos demasiado tarde la traducción del diario; perdimos la oportunidad de ayudarlas. Y su situación debe ser

verdaderamente desesperada; por lo visto en el diario, Anaé está gravemente enferma, al parecer una disfunción renal. ¿Podrá su hija, la deforme Milaé, asegurar la sobrevivencia de las dos? Altamente improbable... La alucinación ha tomado una forma singular, pero no le falta lógica: reproduce la dramática situación de la más perjudicada. Milaé, la tarada hija de Gazel. Apenas dieciséis años, sola con su madre enferma, todo a causa de nosotros... En comparación con esto, la muerte de Gazel es algo intrascendente: Un verdadero golpe bajo del subconsciente... Basta de divagar, atendamos a Alma.»

—... cuatro variedades de Virus, dirigidas específicamente contra el hombre: el H-1, que actúa bloqueando los procesos de fosforilación oxidativa; la muerte se produce en un plazo de 10 a 12 horas como máximo. El H-2, que interfiere en los mecanismos de duplicación del ADN, produciendo aplasia de la médula espinal y, subsiguientemente, la muerte en un plazo de 20 a 30 días. El H-3, que bloquea la meiosis, produciendo esterilidad absoluta. El H-4, de efecto mutagénico, altera el proceso de formación de las células sexuales, produciendo esterilidad parcial y teratogénesis. Podría suponerse que con uno solo, por ejemplo, el H-1 bastaba; pero existe un obstáculo genético: los mecanismos de defensa del organismo contra sustancias exógenas. Previendo esto, las cápsulas proteínicas de los virus se crearon de forma que mimetizaran proteínas humanas: así no habría reacción inmunológica. Pero surgía otro problema, la variabilidad estructural de las proteínas de los seres vivos, que hace que la proteína del plasma sanguíneo escogida como modelo, presente tres variedades fundamentales; esto obligó a diseñar tres capas proteínicas diferentes, con la consecuente diferenciación del ADN viral. Por esto no fue posible crear virus de idéntico efecto; por ejemplo, todos bloqueadores de la fosforilación oxidativa. Los tipos humanos de la proteína mimetizada tienen una frecuencia de aparición desigual; así vemos que el virus H-1 actuó sobre la variedad más abundante al momento de la Catástrofe: aproximadamente un 85% de la población terrestre. Regresando a nuestro caso específico, en el entorno de la zona boscosa inicial —el puntero traza un círculo algo mayor sobre el mapa— abundaban relativamente los casos resistentes al H-2, dentro de la población precatastrófica: Podemos afirmar que hasta ellos llegó...

Se agudiza la sensación de hambre; siente la saliva brotando, llenando la boca... Contiene la respiración, espera que se aproxime un poco más... La mano se dispara veloz sobre el hexápodo, lo encierra entre los dedos; el cautivo es llevado a la boca, el duro caparazón cruje agradablemente entre los dientes... Traga; la sensación de vacío estomacal se agudiza. Levanta la cascara llena de agua, bebe ávidamente, a grandes sorbos.

—La reacción inmunológica ha sido modelada por el Cerebro Biónico...

«Repugnante, verdaderamente repugnante.» Derek traga la cálida saliva que llena su boca: «Devorar así a semejante bicho... Bueno, se parece a una locusta. Quizás sea un poco más grande; y esas manchas oscuras no las había visto en ninguna estereimagen. Posiblemente sea una nueva variedad. En todo caso, no debo olvidar que la langosta terrestre fue un plato predilecto, una verdadera golosina entre los pueblos antiguos... atiende, no te distraigas.»

De la pared pantalla ha desaparecido el mapa: ahora el puntero señala cuerpos poliédricos azulados, acercándose lentamente a blancas esferas, adhiriéndose mutuamente...

—Como pueden ver, el anticuerpo fija las proteínas de la capa viral; las tensiones resultantes rompen la cápsula y el ADN del virus queda libre en el plasma sanguíneo...

Uno tras otro, se rompen los cuerpos azulados; de ellos escapan largos filamentos que se fragmentan rápidamente.

—... que constituye un medio no apto para ellos; casi todo el ADN es destruido, excepto estas fracciones...

Alma presiona un contacto: translúcidas esferas amarillentas engloban al instante algunos pequeños trozos que no muestran mayor disgregación.

—... sumamente estables: son capaces de introducirse dentro de las células, donde se comportan como partículas de herencia extracromosómica. Pueden multiplicarse y pasar a otras células, hasta saturar el organismo. Estas fracciones han perdido las características agresivas del H-2: no impiden la duplicación del ADN humano, y en términos generales, no afectan el metabolismo de los adultos. En cambio, las enzimas producidas tienen una importante acción durante la formación de embriones y, en general, durante todo el proceso del crecimiento. En primer lugar, activa notablemente las diáfisis de los huesos largos: consecuentemente, las extremidades alcanzan una longitud desmesurada. Una acción similar sobre las costillas produce el peculiar tronco redondeado...

Con ternura, cierra los párpados abiertos: mira larga, fijamente, el rostro inmóvil para siempre. Se levanta, recoge los largos cilindros verdosos —¿plantas serpientes?— uno tras otro, depositándolos en la rudimentaria cesta. Titubea unos segundos: finalmente, coloca con cuidado el tosco recipiente sobre el redondo tronco de la mujer araña. Se inclina, inspecciona atenta su calzado; las manos ajustan las ataduras alrededor de las piernas. Enderezándose, busca orientación: sí, allá continúan estando los extraños. Se desliza como una sombra entre el espeso follaje, remonta la escarpada orilla del barranco, dejando atrás el arroyuelo saltarín, el pequeño claro, el cadáver de Anaé...

—... así se produce su típica polidactilia...

«Aquellas piernas... eran típicamente humanas. Y ahora me doy cuenta de que las manos también.» Melancólicamente, Derek oscila de un lado a otro la cabeza. «El subconsciente no está jugando limpio: Esta alucinación es totalmente incompatible con la descripción de Milaé en el Diario de Gazel: «su alegría y dolor», así la llamaba... «Estirando sus muñones, sus atrofiadas manos me asieron... corre tambaleándose sobre sus deformes piernas... su boca siempre silenciosa me sonrío: ¡Si algún día pudiera oír de sus labios una sola palabra! No me basta con percibir sus sentimientos, quiero más...» Impactante: Qué tragedia la de ese hombre expulsado de su comunidad, vagando por un mundo hostil y desconocido durante largos años, en compañía de su mujer enferma y la monstruosa hija... Se va a dar cuenta Alma que no la estoy atendiendo.»

—... explicada totalmente su morfología: las extremidades alargadas, el tronco redondo y corto, la casi total ausencia de cuello, la frente estrecha y huidiza, el marcado desarrollo de la mandíbula inferior, la polidactilia y el espeso vello corporal.

Alma recupera el aliento. «¡Uf!, no se me olvidó explicar nada. Ahora, honor a quien honor merece.»

—Quiero destacar que todo el mérito por esta reconstrucción recae sobre Noreen: ella supo identificar las partículas de herencia extracromosómica encontradas en las células de Gazel como fragmentos del virus H-2. Así se pudo reconstruir el fenómeno de la aparición masiva de los hombres araña en tan breve tiempo. Ahora tenemos una clara idea de lo ocurrido: Esta zona —el puntero la indica sobre el reaparecido mapa—, de escaso interés militar, no recibió un ataque atómico de gran magnitud: solo se han podido encontrar huellas de una explosión nuclear de mediana magnitud. Al pertenecer al Imperio, no recibió las inmensas dosis combinadas de los cuatro tipos de virus que cubrieron los terrenos de la Federación Comunista Mundial: Pero la extensión de esta, un 80% de las tierras emergidas antes de la Catástrofe, provocó inevitables contaminaciones parciales en distintas zonas del Imperio. En esta, en particular, se produjo una contaminación de virus H-2: En la población inicial se produjo una intensa selección en favor de los resistentes al virus: solo sobrevivieron ellos, pero llevando en sus células las partículas de herencia extracromosómica que producirían una descendencia homogénea de hombres araña, sin formas intermedias. Se explica que Oben no conociera a ningún ser de apariencia humana dentro del grupo: a 60 ó 65 años de la Catástrofe, no debía sobrevivir ninguno de los progenitores iniciales, dadas las condiciones primitivas e inhabituales que debieron soportar, también se aclara su actitud antihistórica; enzarzados en dura lucha contra los grupos de extraños que le disputaban el terreno, recordar que descendían de seres similares podía afectar...

Se detuvo: a un paso, la línea que no se podía cruzar... ¿O sí se podía? Levantándose sobre la punta de los pies, mira el Edificio Principal, a las anchas aberturas. ¿Ventanas?, intentando ver... Imposible: muy lejos, muy altas. Y allí dentro estaban los extraños. Las dudas se desvanecieron repentinamente: decidida, adelantó un pie... Nada: La cegadora llamarada no se había producido. Ahora, el otro pie... Sorprendida, se percata del vapor rosado trepando por sus piernas: instantáneamente, el temor renace. ¿Qué era aquello? ¿Descontaminación? En todo caso, no se parecía a lo que había causado la muerte de su padre. Permanece inmóvil: ya la neblina se enrosca alrededor de su cuerpo...

—... por explicar: la disminución de la natalidad y el aumento de los recién nacidos anormales...

«No; no hay por qué pararse y mirar por la ventana: no debe haber ninguna nube rosada, todos estamos aquí; Noreen está de guardia, se daría cuenta inmediatamente. Está visto; mi subconsciente ha perdido todo respeto hacia la lógica. Primero: Milaé no puede estar a menos de quince kilómetros de la Base. En todo caso de que hubieran regresado, no podrían llegar aquí, a dos kilómetros está el cinturón de observación fijo, imposible escurrirse, no hay un centímetro libre de control. Segundo: Ninguna de las dos se atrevería a pasar por el mismo lugar donde Gazel encontró una muerte aterradora e inexplicable. Tercero: nadie ajeno a la Base reaccionaría así ante la nube descontaminante. Trataría de quitársela de encima, huir o quizás se desmayaría, pero no permanecería tranquilamente

inmóvil... Después de todo, es comprensible. Parece contradictorio, pero era la única forma de que esta alucinación conservase una apariencia de realidad: Si Milaé hubiera huido, habría entrado en funcionamiento la alarma; nadie podría dejar de oírlo, se habría suspendido la conferencia para averiguar qué estaría pasando: al no producirse todo esto, habría quedado demostrado automáticamente que todo era una falacia de mi subconsciente... Veo que está decidido a atormentarme un poco más... ¿De qué estará hablando Alma?»

—... producido por el virus H-4, cuya capa proteica es análoga a la propia de los hombres araña; por tanto, no hay reacción posible contra sus efectos. Las mutaciones producidas en las células sexuales causan una disminución marcada en las fecundaciones viables y que la mayoría de los recién nacidos presenten defectos de tal magnitud que impide su sobrevivencia: Aquellos en que las mutaciones son más inofensivas se ven sometidos a una selección de carácter religioso, quedando vivos tan solo aquellos cuyo fenotipo de hombres araña no ha variado. Los resultados de esta política los refleja fielmente el diario de Gazel; en el momento de su huida, una de cuyas causas fundamentales fue el nacimiento de una hija con rasgos teratológicos, solo había tres individuos no maduros en el grupo: de doce, diez y seis años, respectivamente. No cabe duda de que aunque no hubiera ocurrido la creciente del río, su fin inevitable era la extinción... No puede precisarse con exactitud cuándo entraron por primera vez en contacto con el virus H-4: quizás al establecerse junto al río, o quizás les haya sido contagiado por las ratas rojas; no se puede descartar que haya sido en la misma isla...

Gradualmente, se disuelve el rojizo vapor... ya se distinguen los brazos: hay una nueva tonalidad en la piel. ¿Capa Protectora? Cautelosas, las yemas de los dedos recorren la piel: no se percibe nada anormal. Pacientemente, se dispone a esperar la desaparición de los últimos girones de la niebla.

—... no entiendo cómo sus competidores por el bosque no se vieron afectados por el H-2...

Frías gotas de sudor resbalan por la frente de Derek: «Ya es demasiado: en menos de una hora, cinco alucinaciones. ¿O eran seis? En todo caso, excesivo. No le falta astucia al subconsciente: exceptuando algunos pequeños errores, el realismo es impresionante. Si no fuera por esos detalles falsos, como la apariencia normal de Milaé... ¡Un momento! No es tan imposible como parece, el factor subjetivo... ¿Cómo vería Gazel a cualquiera de nosotros? Nuestras manos con solo cinco dedos le parecerían atrofiadas; brazos y piernas, toscos muñones excesivamente cortos: el tronco alargado, lo vería contrahecho... Tal y como él veía el de su hija.» Se muerde los labios. «Resumiendo: el subconsciente ha resultado ser más inteligente. Representó a Milaé tal como podía ser, y no como la imaginaba. Creo que acabaré por enloquecer...» Las palabras siguen llegando a sus oídos, pero ya no escucha.

—... menor período de latencia en condiciones desfavorables que el H-4: suponiendo que la llegada de los extraños al bosque haya ocurrido 45 ó 50 años después de la Catástrofe, ya no debían quedar rastros del H-2. Adelantándome a otra posible pregunta, les diré que la lucha entre las dos comunidades por el área en disputa fue modelada por el Cerebro Biónico y se encontró que, en caso extremo, no debió durar más de 25 años. Sabiendo que la derrota definitiva de los hombres araña ocurrió en el año 72 después de la Catástrofe, es evidente...

Atentamente, examina la pared debajo de la ventana: No, imposible alcanzarla: totalmente lisa. Con paso silencioso, camina a lo largo de la pared. El Edificio Principal debe tener una entrada... Se detiene. Allí el verde muro no se diferencia en nada del resto, pero siente que en este lugar está lo que busca. Alza titubeando la mano: ¿es allí donde debe colocarla?

—... originarse su característica ideología religiosa, a partir de...

«Basta. BASTA.» Derek toma entre ambas manos la ardiente cabeza...

—... en líneas generales, es una explicación plausible de tan reaccionaria ideología...

Indecisa, permanece en el centro del Vestíbulo: Su mirada recorre los túneles —¿pasillos?— que nacen en todas las paredes. ¿Cuál será el que puede conducirla hasta donde ellos están? Instantáneamente brota la respuesta: aquél. Con pasos ligeros, asciende por la suave rampa.

—... sí, conservaban el conocimiento de la escritura: pero solo para leer algunas obras místicas precatástroficas. Estaban reservadas para el hombre sabio y el guardián de las leyes; los demás tenían un terror supersticioso hacia los libros, engendrados por el espíritu del mal, como decían. Bastante audaz fue Gazel en atreverse

a violar, aunque fuera a escondidas de los demás, un tabú centenario... Temo que nos estamos introduciendo de lleno en el tema de la próxima conferencia de Derek, ¿no es cierto?

En busca de asentimiento, Alma dirige sus ojos al rincón donde Derek está sentado. «¿Otra vez? No, por favor.» Brota incontenible la pregunta:

—¿Te sientes mal, Derek?

Despacio, el interpelado levanta el pálido rostro.

—No, no... Antes sí. Pero ya no; ya sé que estoy loco...

La caricatura de sonrisa se disuelve al recorrer la vista los rostros incrédulos, disgustados. «Se ve... ¡Una broma mala, muy mala, extemporánea, Derek! No necesitan palabras para decírmelo. Ya verán...» Derek se levanta impetuoso:

—¿No me creen? ¿Necesitan una demostración?

—Antes de que nadie pueda interponerse, avanza rápido hacia la puerta. —Voy a abrir —su dedo oprime rabiosamente el contacto—. Abriré la puerta, veré una mujer —casi grita, intentando dominar el murmullo creciente a sus espaldas—. No verán nada, porque es mi alucinación...

Termina de abrirse la puerta: pero un segundo antes, Derek se ha percatado del silencio repentino a sus espaldas: «Entonces... entonces no estoy loco.» Un torrente de avasalladora alegría inunda su mente; parece evaporarse la pesada carga a sus espaldas. Alcanza a sonreír a los grandes, oscuros ojos que le miran fijamente, antes de hundirse en las acogedoras tinieblas...



Agustín de Rojas Anido (Santa Clara; 1949-2011), escritor cubano. Reconocido por sus obras de ciencia ficción. Agustín de Rojas se licenció en Ciencias Biológicas y profesor de Historia del Teatro de la Escuela de Instructores de Arte de Villa Clara. También fue miembro de la UNEAC. En 1982 obtuvo el premio David de la ciencia ficción cubana por su novela **Espiral, novela de estilo duro**. Esta novela inició un ciclo temático que incluye **Una leyenda del futuro** (1985) y **El año 200** (1990). En esta trilogía su autor se adscribió a la línea de la ciencia ficción socialista, cuyo máximo exponente fue **La Nebulosa de Andrómeda**, del escritor soviético Iván Efremov, donde se desarrollaba una visión romántico-idealista sobre el futuro del comunismo. Las influencias literarias de Agustín de Rojas en su obra fueron, principalmente, autores del período de la ciencia ficción soviética como los hermanos Arkadi y Borís Strugatsky e Iván Efrémov, así como Bradbury, Heinlein, Asimov y otros que no son del género: Hammet, Dostoievski, Merimeé, Lovecraft, etc. Las obras que, según él, lo incitaron a escribir fueron **El viaje** de Miguel Collazo y **Fahrenheit 451** de Bradbury. Después de haber publicado su trilogía de ciencia ficción, y a raíz de la caída del bloque socialista y los consiguientes cambios en Cuba, Rojas dejó de escribir literatura del género. Sus intereses derivaron entonces hacia el tema del cristianismo y la ética social. En 1997 obtuvo el Premio Especial de Novela "Dulce María Loynaz" con la novela **El publicano**, acerca de uno de los discípulos de Jesús, lo que le ha valido para publicar una serie de artículos exegéticos en la revista de la diócesis de Santa Clara. Sumido en una gran depresión, el escritor falleció en su ciudad natal de Santa Clara, el 11 de septiembre de 2011 como consecuencia de una infección bacteriana.

Obras publicadas

- **Espiral**, novela de cf, Editorial Unión, 1982.
- **Una leyenda del futuro**, novela de cf, Colección Radar Nº 53, Editorial Letras Cubanas, 1985.
- **El año 200**, novela de cf, Editorial Letras Cubanas, 1990.
- **Catarsis y sociedad**, ensayo sobre el papel social del arte y la literatura, Editorial Capiro, 1992.
- **El publicano**, novela histórica, Editorial Letras Cubanas, 1997.
- **Historia del Teatro: de los orígenes al medioevo**, libro de texto, Editorial Capiro, 2002.

Entrevista inconclusa a Agustín de Rojas Anido

por Yoss



Formularle a alguien una serie de preguntas bien meditadas, con conocimiento de causa, y a la vez lo bastante provocadoras como para hacerlo generar respuestas que sean tan originales como inteligentes no debería ser cosa muy difícil. Miles de periodistas lo hacen a diario ¿no?

Pero cuando uno es un todavía-joven (bueno, ya con 41) autor cubano de ciencia ficción y ese alguien es, sin discusión alguna, el mejor y más popular novelista del mismo género que haya dado nunca la isla, amén de uno de los jurados que le otorgó a uno su primer premio literario importante (hace ya 23 años: el David de ciencia ficción, en 1988) desde entonces amigo personal y casi mentor y, para más INRI colega en las ciencias biológicas, resulta que no es tan fácil como podría parecer en un principio.

Lo primero podría ser, entonces, tratar de presentar al personaje que para la abrumadora mayoría, por no decir la totalidad del fandom cubano, no necesita presentación, como si uno no lo conociera personalmente:

Agustín de Rojas Anido, 1949, biólogo, nacido en y persistente habitante de la central ciudad cubana de Santa Clara. Se le considera uno de los principales exponentes de la ciencia ficción cubana, e indudablemente fue quien mejor supo aunar tanto una sólida formación científica, como tramas y personajes atractivos, con una confianza bien fundamentada en el futuro socialista de la humanidad. Premio David de ciencia ficción 1980 (el segundo, tras *Los mundos que amo* de Daína Chaviano en 1979) con la novela *Espiral*, publicada al año siguiente por Ediciones Unión en una tirada de apenas 2000 ejemplares que hoy son verdaderos incunables entre los lectores cubanos y extranjeros. En 1985 publicó su segunda novela, *Una Leyenda del Futuro*, en la popularísima colección Radar de la Editorial Letras Cubanas, con una tirada de 40 000 ejemplares, y en 1991 su tercera novela, *El año 200*, también por Letras cubanas, lanzó 21 000 ejemplares.

Eran los tiempos espléndidos de las editoriales cubanas, de las tiradas de decenas de miles. Luego llegó la debacle, la caída del Muro de Berlín, el Período Especial... y *El Publicano*, la hasta ahora última novela de Agustín, premio Dulce María Loynaz 1997, sorprendió a los fieles lectores del imaginativo santaclareño, no tanto por su tirada de unos modestos 2000 ejemplares, como por su temática: nada de visiones futuristas, sino una realucación del pasado. En este caso, de la leyenda de Jesucristo... aunque vista desde la óptica de Zaqueo.

Y esta podría ser, entonces, una buena primera pregunta. O mejor, dos en una:

1-Agustín ¿Por qué este cambio, para tantos absolutamente inesperado? ¿del brillante mañana comunista bajo la égida de la Federación, explorando el espacio, a la misérrima Judea ocupada por los romanos y una oscura revuelta teológica sobre la que tantos tanto han escrito? Por cierto que en el fandom se habla mucho de que con la caída del Muro de Berlín y el socialismo real usted perdió de cuajo la fe en el futuro, sin la que resulta casi imposible escribir ciencia ficción. ¿Hay algo de cierto en esta afirmación o solo se trata de una leyenda... no del futuro, por cierto?

R/: Sin lugar a dudas, has hecho dos preguntas en una. Lo mejor será, creo, comenzar por la segunda. Y por supuesto, a partir de esa frase antológica: "... la fe en el futuro, sin la que resulta casi imposible escribir ciencia ficción." Tuss, recuerda que soy ateo. Creer ciegamente en algún tipo de futuro, predeterminado de una vez para siempre, me parece del todo incompatible con la ciencia ficción (al menos, con la que yo he procurado escribir) y todavía más incompatible con el pensamiento de Marx. ¿No sabías que su frase predilecta era "Duda de todo"? Y no es menos antológica esa de que escribí mis novelas de cf: "... con una confianza bien fundamentada en el futuro socialista de la humanidad". La verdad es que, de haber tenido esa confianza, nunca habría escrito nada. A decir verdad, lo que me hizo sentarme ante la máquina de escribir fue la contradicción, cada vez más acentuada, que percibía entre el camino que tomábamos y los ideales que enarbolábamos (supongo que hace poco se han dado cuenta "arriba"; me han dicho que en los últimos discursos se habla de los "errores cometidos" en el último medio siglo, así

que no debe causarte problemas que lo diga en tu entrevista). No sé si te habrás dado cuenta de la disimilitud que hay entre la sociedad plena de humanismo de **El año 200**, y nuestro... bueno, nuestro entorno psicosocial.

Veo que hay lógica en tu doble pregunta. Con la base del párrafo anterior, los lectores comprenderán los motivos para cambiar de los temas futuristas a los fundamentos de la cubanía —como tú sabes, la ciencia ficción “dura”, realista, no se refiere solo al futuro; también puede otear el pasado, porque la historia es también una ciencia. No entiendo por qué han hecho tanto ruido acerca de que he dejado el género. Pero regresemos a la primera parte de la primera pregunta; ¿Por qué abandonar el tema del posible mañana “luminoso” para abordar el de nuestras raíces culturales? Pues, cuando el futuro se nos anunciaba del todo negro —y hablo del comienzo de los imborrables años noventa— tratarlo de un modo realista, hablarle a los lectores de los horrores que iban a sufrir (y que sufrieron) no me pareció lo más correcto; así sólo habría contribuido a incrementar todavía más la tasa de suicidios. Por supuesto, tenía la alternativa de describir la cruda realidad, tal como hicieron los demás autores del género —supongo que estás al tanto del desplazamiento de varios de la cf. al “realismo sucio”—, pero me atrajo más la posibilidad de alentar a los agobiados lectores cubanos transmitiéndoles parte de la esencia martiana, una parte fundamental del pensamiento del Apóstol de Cuba que no había sido divulgada en los últimos treinta años; ¡Toda una generación de cubanos que ni imaginaba siquiera que la base ética de Martí era el cristianismo, que su modelo espiritual era Jesús hijo de María! Y entendí que debía transmitir, en la medida de mis posibilidades —recuerda que soy ateo— los mejores, los más valiosos valores espirituales de nuestra cultura, contando la historia terrenal (tal como pude reconstruirla) de quien se ha dicho, con plena justicia, que constituye la viva encarnación del Amor. Y te confieso que no conozco historia más bella, ni que dé mayor ni mejor aliento a quienes sufren.

*2-Desde que comencé a elegir los textos que luego conformarían mi antología **Crónicas del mañana: 50 años del cuento cubano de ciencia ficción** (publicada en el 2009) supe que una de las principales críticas que recibiría mi selección iba a ser la ausencia de su nombre. Y es que, salvo un texto no muy feliz publicado en los años 80 en un número de la revista **UNION** dedicado a la ciencia ficción, la gran paradoja de la CF cubana es que su principal novelista apenas si ha escrito cuentos del género... ni tampoco de otros, por cierto. ¿A qué se debe esto?*

R/: Por dura experiencia práctica, puedo decirte que “la gran paradoja de la CF cubana es que su principal novelista” era únicamente conocido “afuera” como ¡cuentista! Esto al menos era cierto en 1988. Entonces asistí a un congreso internacional de ciencia ficción en Hungría, y me topé con un alemán que recordaba, bastante admirativamente, a **El marciano**. Sorprendido, le pregunté cómo había podido conocerlo, si yo solo había firmado el contrato para su traducción al portugués. Ese alemán —como imaginarás, era de la Alemania que se desmerengó— se dió cuenta al instante de lo que había pasado (supongo que los escritores de la RDA padecían algo semejante), y cambió el tema de la conversación. Eso me hizo comprender dos cosas. Primero, que ese cuento no era precisamente “un texto no muy feliz”; y segundo, que debía existir aquí en Cuba otro Agustín de Rojas que firmó el contrato de traducción de **El marciano** al alemán —y, por supuesto, también cobró los derechos de autor. Y para rematar lo dicho sobre mi fama “afuera” de cuentista, te informo que el solitario cuento realista que he escrito, **Aire**, tras una accidentada publicación en la revista **El Caimán Barbudo** (creo que en junio de 1986; no recuerdo bien) fue incluido en una antología de narrativa latinoamericana del siglo XX —el único cuento que tomaron de Cuba, según me comunicó verbalmente el Chino Heras en ese mismo año. Y desde luego, tampoco he visto un centavo por derechos de autor de esa editorial extranjera.

3-Hay un Agustín de Rojas ensayista que apenas si se conoce fuera de su natal Santa Clara, donde sin embargo la polémica que sobre la estética sostuvo con Pablo René Estévez fue muy sonada en su momento. Cuéntenos de los hechos y, sobre todo por qué no continuó desarrollando esta faceta de su quehacer literario con posterioridad.

R/: Esta pregunta me hace recordar los buenos tiempos... Tuss, no puedes imaginar cuántas batallas tuvimos que librar en Santa Clara para que hubiera aquí una editorial que publicara a los autores de la provincia. Finalmente, en 1990 nació Capiro, que bajo la dirección de Ricardo Riverón se convirtió en una editorial de reconocido prestigio. Hasta su aparición, solo un trío de autores villaclareños jugaba en Grandes Ligas, es decir, publicaban obras con cierta frecuencia y/o facilidad en las editoriales nacionales; Félix Luis Viera, Luis Cabrera y yo. Los tres decidimos publicar cada uno una obra cuando menos en Capiro, para mostrar que no la veíamos como un escaño inferior de la literatura —“literatura provinciana, ¡puah!”— y me vi obligado a inventar; el máximo de cuartillas era ochenta (limitaciones de la imprenta) y si bien he escrito un par de cuentos, confieso que no me siento bien en distancias cortas. ¿Cómo cumplir con Capiro? Revisando los papeles viejos, vi la ponencia que había hecho sobre la estética (**¿El rey está desnudo?**) y decidí ampliarla. Así fue como nació **Catarsis y Sociedad...** Y lamento desilusionarte, pero su circulación no se limitó a



Santa Clara; durante tres o cuatro semanas se mantuvo en primer lugar de ventas nacional en el listado que aparecía en **Bohemia**, hasta que se agotó; Capiro sólo pudo tirar dos mil ejemplares. Por cierto, una vez que pasé por la Escuela de Filología en la Universidad de la Habana, tuve el placer de enterarme de que allí **Catarsis y Sociedad** era un “libro maldito”, herético, prohibido, (y, por supuesto, gracias a eso también muy popular entre los alumnos). Sinceramente, lo veo como un logro meritorio; desarrollar un pensamiento lógico en un lenguaje esteticista no es nada sencillo. Ah, y tampoco es muy exacto eso de que he abandonado el campo ensayístico (¿o ponencial? ¡Auxilio! ¿Puedes explicarme la diferencia entre ponencias y ensayos?), pero veo que regresaremos al tema de los ensayos pronto... ¿Y de veras hay entrevistados que no se leen primero todas las preguntas?

*4-La pregunta anterior, como todas las de un buen entrevistador, era tramposa. Sé que, previamente a la novela **El Publicano**, y a modo de “trabajo de mesa” compiló usted un voluminoso estudio titulado algo así como **Un revolucionario llamado Jesús**, que incluso lo condujo a algunos choques teológicos con el clero de Santa Clara. Háblenos de este período de su vida y carrera. ¿Por qué este interés en la figura de Cristo?*

R/: Procuré explicar mi interés en el Jesús terrenal en la respuesta a tu primera pregunta. Pero hay bastante tela que cortar sobre el proceso de maduración de **El Publicano**. Empecemos por lo que llamas “trabajo de mesa”, y que también puede denominarse investigación previa a la creación del universo de la novela. Ese es un hábito que adquirí en mis novelas anteriores, y del cual dependen en sumo grado la verosimilitud y coherencia finales de la historia narrada, y la fuerza del impacto causado en el público lector. Que este resumen rondase las dos mil cuartillas no es algo excesivo, si vas a hacer una novela de poco más de seiscientas: la teoría de la punta del iceberg continúa siendo válida. Por cierto, el título del resumen fue en realidad **Un problema llamado Jesús**, lo que refleja la esencia de la cuestión. En efecto ¿cómo algo sucedido en “la misérrima Judea ocupada por los romanos”; “una oscura revuelta” donde solo se vertió la sangre de Jesús, pudo tener tanta repercusión, y llegar hasta nosotros atravesando veinte siglos? Ciertamente, la persistencia del cristianismo es un problema que se puede afrontar, o evadir, según las preferencias personales; pero intentar minimizarlo, reducirlo al nivel de un mito o leyenda, es algo poco serio... Ah, debo explicar por qué di título y cierto grado de redacción a este resumen. Verás, estaba consultando las bibliotecas de la Iglesia Católica en Santa Clara, y sentía algunos escrúpulos. Un ateo que se proponía hacer un libro sobre Jesús, ¿podía utilizar los recursos de quienes lo tienen por Dios? Hablé con el Obispo, que entonces era Monseñor Prego, y me impresionó su actitud, o más exactamente, su confianza en que yo no haría mal uso de lo que estaba investigando... O al menos, que intentaría no usarlo mal. Pensé entonces que lo mínimo que podía hacer era facilitarle a la Iglesia la posibilidad de ver qué conclusiones extraía de lo estudiado, y qué formas iba tomando la imagen de Jesús que me proponía recrear literariamente. Espero que entiendas que no estaba someténdome a la censura eclesiástica; trataba de darle oportunidad a la Iglesia de señalarme algún error, alguna omisión en esta investigación previa que hubiera corregido sin problemas; pero si hubieran aparecido cuestiones ya de perspectiva, de interpretación mía personal que la Iglesia no aprobara, hubiera tenido que dejar de usar sus bibliotecas y nada más. Lo importante es que el Obispado me devolvió el resumen, sin hacerle ningún señalamiento.

En realidad, esta actitud de Monseñor Prego no debió extrañarme tanto. Toma en cuenta que fue uno de los autores de **El Amor todo lo espera**; es decir, poseía una perspectiva del todo cristiana —desde mi punto de vista, por supuesto— y prefirió confiar en mí. O para ser del todo objetivo, en la influencia de Jesús sobre quienes desean conocerle mejor. El caso es que nunca se opuso a que me autodenominara un “ateo católico”, y que luego de aparecer **El publicano**, la revista de su Diócesis publicó varios artículos exegéticos que hice para ella —la revista se llama **Amanecer**— en donde siempre que pude, aclaré mi condición de no creyente... Por cierto, estos artículos los agrupé en un libro que titulé **El Evangelio según un ateo** que, naturalmente, no he podido publicar en Cuba. Tampoco he

podido publicar otro ensayo, **Del cosmos a la cruz**, que la editorial Capiro me había pedido después de aparecer **El publicano**, y donde explico con todo detalle motivos para escribir, y procedimientos empleados en la construcción de esta novela. Ah, y no le echo la culpa a Riverón por no haber publicado el libro que me había pedido; es del todo mía. El problema fue que, al hablar de mis primeros contactos con el cristianismo, hice mención de cómo participé en las persecuciones contra los creyentes en los años sesenta; pero ahora, de forma oficial, resulta que esas persecuciones no existieron. Uno de los evaluadores de estos ensayos apuntó esa “falsedad”, y planteó que debía omitirla para poder publicar **Del cosmos a la cruz**. Puedes imaginártelo; ¡decirme eso a mí, que había sido presidente de la FEEM en mi secundaria, y que tuve que dar clases (mi primera experiencia docente) en lugar de los profesores expulsados por ser cristianos! En fin, supongo que tendré que esperar al próximo cambio de la “Historia Oficial” para que el libro pueda ver la luz.

*5-Ahora, en apariencia cambiando de palo pa´rumba, como se dice popularmente, paso de **El publicano** a su novela inédita **Arena**, o sea de Jesús al erotismo... aunque supongo que usted se sonreirá pensando que no son temas para nada opuestos ni excluyentes. ¿Por qué surge **Arena**, texto cuyo erotismo todos los que han leído disfrutaron, aunque muchos lo tacharan de francamente pornográfico? Y, de paso, tras la popularidad alcanzada por **Habana-Babilonia: Prostitutas en Cuba** de Amir Valle, los libros de realismo sucio de Pedro Juan Gutiérrez, el erotismo insertado en el policíaco de Daniel Chavarría y Leonardo Padura y otros textos testimoniales o de ficción que tratan directa o tangencialmente el todavía escabroso tema de las jineteras y el sexo rentado en nuestro país ¿no se le ha ocurrido que fue usted casi un precursor? ¿No lamentó no haber intentado publicar la novela en Cuba o el extranjero en los tempranos años 90, cuando la escribió?*

R/: Me has hecho sonreír, pero con la última pregunta. ¡Si escribí **Arena** precisamente con destino al mercado exterior! Como podrás recordar, en ese tiempo se pidió a los escritores que produjeran obras con vistas a su exportación, y eso me creó un serio problema. Con la ciencia ficción, pese a la coincidencia unánime en la condición de bestsellers de mis novelas, nunca me habían llegado proposiciones para publicarlas —ni siquiera de la hoy difunta URSS y los demás “países hermanos”, igualmente pasados a mejor vida—. Entonces ¿cómo responder al apremiante llamado para que consiguiéramos divisas? Después de los incidentes provocados por mi cuento **Aire**, me había jurado no volver a escribir historias realistas. Me decía entonces, “mejor sigo escribiendo de los problemas del futuro; total, aquí a nadie le interesan” frase que te parecerá muy amarga... pero que la práctica, ese criterio de la verdad, me la había probado con creces.

En fin, me decidí a escribir una novela realista relacionada con el jineterismo; y como no vivía en La Habana o Varadero, ni tampoco tenía acceso a las instalaciones turísticas cerca de Santa Clara, me propuse tratar lo que luego Silvio se preguntaría (“... qué fino abono nutrió su raíz”) en **Flores Nocturnas**. Ahí sí tenía experiencias muy concretas; ya llevaba quince años viviendo en los barrios marginales de Santa Clara —desde 1975—, en el famoso Condado y en Virginia (de paso, no me explico aún como tantos aspirantes a escritores, y hasta algunos que ya ostentan el título, cometen el pecado mortal de escribir sobre asuntos realistas ajenos del todo a su experiencia vital). El detonador fue un cuento breve, de ambiente, escrito por Arnaldo Díaz —más conocido como Arnaldito por sus amigos— que era en ese tiempo un recién graduado del Pedagógico en Inglés, y que ahora es director de programas de televisión en Telecubanacán. Y volviendo a su cuento, trataba de una joven pareja que regresaba a una casa en la playa —en la costa norte de Villa Clara— y frente a los restos de la casa, que había sido destruida por algún ciclón en el año anterior, intercambiaban recuerdos de cómo había sido antes... Como puedes ver, se trata de un símil literario de su situación generacional, de la juventud que había crecido en los ochenta y sufría la catástrofe de los noventa. Pero para mí, el cuento fue un detonador: ¡esa casa en ruinas, esa playa desierta y gris, eran el escenario perfecto para el desarrollo de la acción! Me senté, y escribí **Arena** de un tirón. Fue una experiencia singular, realmente. En mis novelas anteriores, siempre había necesitado intervalos de meses, cuando menos, entre las fases de escritura. En la más corta, **Una leyenda del futuro**, necesité descansar unos tres meses entre la primera parte y la segunda; me agoté al escribir. La tensión, el desgaste nervioso es excesivo para mí, normalmente. Pero **Arena** fluyó sola, como caída de un camión volquete. Pienso que ayudó mucho el no tener que crear el universo donde se moverían los personajes; había vivido en él durante más de quince años, como te había dicho.

Pasando a la cuestión temática, esa frontera entre lo erótico y lo pornográfico no es tan fácil de trazar. Para mí, la cuestión radica en si es literario o no, si capta la esencia vital de los personajes, su condición humana. Aquí la verosimilitud, la credibilidad de la historia depende de su autenticidad psicológica y sociocultural; es decir, depende de que los personajes piensen y actúen por sí mismos, no como marionetas del autor, y de acuerdo al medio en que se formaron y viven. Me sirvió de mucho la receta para escribir porno dada por Nabokov —la hallé en forma de apéndice en una edición norteamericana de **Lolita**—; donde explicaba la “copulación de los clichés”, en fin, era una receta divertida y muy instructiva. La clave de la historia narrada era el fenómeno de la marginalidad; la cultura en Cuba se

ha marginalizado en un extremo difícil de concebir para quienes la viven sin conocer otra cosa. ¡Si hasta estimo más que probable que los personajes de **Arena** puedan parecerle demasiado “cultos” a los marginales de hoy!

Volviendo a la concepción de la novela, los personajes centrales de **Arena** —la madre y la hija— son un producto de la emigración masiva del campesinado cubano a las ciudades. Este fenómeno, y sus consecuencias culturales para esos emigrantes, son descritos con suma claridad por Marx en su análisis sobre los orígenes del lumpen proletariado. Su cultura rural ha perdido las raíces, y no han podido asimilar todavía la cultura urbana. Se sienten perdidos, y procuran ocultar su profunda inseguridad tras una fachada bastante transparente; la guapería, el aguaje, la ostentación de una burda grosería y una banalidad jacarandosa que se han hecho dominantes en el paisaje cultural. Mas esto no debiera cegarnos ante el hecho de que aún son seres humanos, y sumamente infelices: el tener que buscar en el sexo y el alcohol (no toco el tema de las drogas y de las comilonas; en ese tiempo no habían alcanzado su masividad actual) su única realización personal es algo trágico. Ese es el fundamento dramático de **Arena**, y su posible valor en cuanto documento sociológico... Y quizás sea también la causa de su no publicación: expone con toda crudeza un problema que ha surgido, y se ha agudizado, en el último medio siglo. Un problema que habría — ¡que habrá!— que resolver en algún momento. No creo que la solución sea decir que la barbarie, la irresponsabilidad y la ignorancia son rasgos propios de nuestra cultura, y que debemos sentirnos orgullosos de esa miseria espiritual, exhibirla ante el mundo entero (¿No has visto los programas de Lucas?).

No debiera terminar sin contarte el problema que surgió a causa del título de la novela. Resulta que Eduardo del Llano había denominado igual una de sus novelas de Nicanor, y me lo dicen. Naturalmente, lo correcto era cambiarle el título a la mía, que fue escrita después. Traté de hacerlo, pero la palabra “arena” tenía muchos sentidos en la novela —en particular, el de la arena del circo, donde se enfrentan gladiadores que saben que van a morir— Y ya me había resignado a llamarla **Arena** cuando me entero de que Eduardo había cambiado su título por **La clepsidra de Nicanor** (sabes que apareció así en Italia, ¿no?). Me siento muy agradecido por su cortesía.

6- Pero basta ahora de poner en jaque al entrevistado sacándolo de su elemento natural. Volvamos al grano: ¿cuánto cree que debe su imaginario ciencia ficción a sus estudios de Biología? ¿Y cuánto a su condición de maestro, profesión que ejerció durante largos años?

R/: A la licenciatura en Ciencias Biológicas que estudié en la Universidad de la Habana le debo una sólida formación en las ciencias básicas. Los dos primeros años recibíamos clases de Cálculo Diferencial e Integral, Geometría Analítica, Química Inorgánica y Orgánica, y Física. Ese programa me permitió asimilar el modo de pensar científico, que exige tanto disciplina mental como una percepción objetiva de la realidad en torno tuyo. De hecho, este tipo de formación parece ser un prerrequisito para cultivar la vertiente “hard” de la ciencia ficción. Pero quienes tengan una formación más clásica, de letras, tienen a su disposición el delicioso campo “soft”, como por ejemplo, la denominada fantasía heroica, en donde podemos ufanarnos de tener a un autor de calidad extraclase como Michel Encinosa Fu, con su excelente recopilación de cuentos **Sol Negro**... Y creo que ya podemos pasar al tema de la docencia. No pienso que valga la pena narrar las vicisitudes que me pusieron frente a un aula llena de futuros maestros de Educación Física (de nivel medio, y en torno a los turbulentos quince años de edad) para enseñarles Matemáticas— con el precedente de que habían tenido solo un 44 % de promoción en las pruebas anteriores. Debo aclarar que esto ocurría en el año 1977, y el promocionismo no había alcanzado los extremos de ahora, en que basta con matricular en primer año de algo y ya casi tienes garantizado el título... hayas aprendido o no. En todo caso, aquellos muchachos estaban pagando el precio del promocionismo, que ya tenía ocho años de existencia (todavía recuerdo mi estremecimiento de horror al leer en el **Granma**, en el remoto año 69, el triunfalismo que rezumaba aquella noticia de que tales y tales escuelas habían alcanzado el ciento por ciento de promoción... en todos los años, en todos los grupos, en todas las asignaturas), pues el problema que tenían era que los habían pasado de grado en grado sin que hubieran asimilado los contenidos mínimos de Matemáticas en los cursos “aprobados”. Ya era bastante difícil una asignatura que exige un nivel alto de abstracción, especialmente duro para los deportistas (en su mayoría, mis alumnos provenían del equivalente en aquellos tiempos de las áreas deportivas), pues tienden a ser hiperquinéticos y poseer una atención sumamente móvil. Si a eso se le agrega la carencia de conocimientos y habilidades básicas, puedes imaginar las perspectivas que tenía de obtener resultados pasables con ellos... sin haber recibido nociones mínimas de Pedagogía, además. Era para desesperarse y seguir el camino que evidentemente habían tomado sus maestros anteriores; regalarle las notas, y que cargara con esa tiñosa el profesor del año siguiente. Ciertamente, tuve que desangrarme en el aula. Además de las clases normales, tenía que ir casi todas las noches y los fines de semana a la escuela para dar “repasos”; allí procuraba averiguar hasta qué extremo llegaban sus “baches”, e intentaba rellenarlos lo mejor posible. Algo conseguí; al terminar aquel año, obtuve el mérito laboral de “sobrecumplir la promoción”... con un 50 % de aprobados. No, no es un absurdo; recuerda que cuando los recibí, tenían solo un 44 %.

Bien, esa es la parte anecdótica, la de “horror y misterio”. Lo importante, desde el punto de vista del futuro escritor, fue la comprensión que adquirí sobre los procesos de comunicación. El secreto es la sencillez. Ahora, para ser sencillo— sin simplificar a un extremo que devalúe el mensaje que quieres transmitir, convirtiéndolo en una caricatura de sí mismo— debes, en primer lugar, comprender ese mensaje a cabalidad. Comprenderlo con la cabeza y comprenderlo con el corazón...

Me explico. Tomemos un ejemplo de la misma enseñanza. ¿Nunca has tenido enfrente un profesor que domina perfectamente su materia, y la imparte bien organizada y con exactitud, pero a medida que la clase avanza te sientes dominado por una irresistible somnolencia? ¿No te imaginas qué le falta? Exacto; pasión. Quizás no le importe que sus alumnos entiendan o no; quizás sólo le guste regodearse en el dominio de los conocimientos que posee; quizás carece de sensibilidad suficiente para entender que necesita mirar a los alumnos, A TODOS LOS ALUMNOS, con la frecuencia necesaria para ver si están captando lo que dice, si siguen sus razonamientos, o si están preocupados por algún motivo extraclase —podrían tener un examen de otra materia en el turno siguiente, o su equipo deportivo perdió un encuentro en la noche anterior, o les han suspendido el pase de fin de semana por su indisciplina habitual— y si ese fuera el caso, deberá interesarse en él, introducirlo dentro de la clase que da, dejar que desahoguen sus inquietudes, y COMPARTIRLAS. Y subrayo la palabra, porque los jóvenes a esa edad tienen una alta sensibilidad para percibir cuándo un adulto está mintiéndoles, cuándo pretende falsamente interesarse por sus problemas (problemas que no le interesan de veras, problemas que estiman insignificantes porque ya han olvidado su propia juventud). No voy a describir las variadas formas en que será posible abordar el problema que está absorbiendo su atención, ni a analizar por qué es mejor dedicarle cinco, diez o quince minutos a compartir, de corazón, su problema, que dar una clase completa a un grupo que no te está atendiendo, que no puede escucharte: no estamos dando un postgrado de Psicología de la Adolescencia (aunque te sorprendería saber cuánto de adolescente, o hasta de niño, hay dentro de muchos adultos... hasta entre los que peinan canas) sino que la cuestión es cómo se refleja esta difícil —aunque maravillosa— experiencia, en mi enfoque de la escritura.

¿Por qué se escribe? Porque necesitas decir algo. ¿A quién? A los lectores; o con mayor exactitud, a un público lector específico (para citar un ejemplo personal; no tengo talento para escribir algo dirigido a los niños). ¿Ese público específico leerá lo que escribiste para él? ¡Por supuesto! SI logra entender lo que le has dicho. Si le interesa lo que has escrito para ellos. En consecuencia, si quieres que tu mensaje sea recibido, debes darlo con la máxima sencillez que te sea posible; debes transmitirlo con toda la pasión que tengas; y entonces, y sólo entonces, habrás logrado establecer la comunicación deseada.

Quizás debiera enfatizar en un aspecto muy importante: la honestidad, la sinceridad que debe —o debiera— tener lo que escribes, lo que pretendes comunicar. Pueden existir lectores no perceptivos de esta cualidad... pero no faltan quienes tienen bien desarrollada esta percepción, y acabarás teniendo un fracaso rotundo. Si, es cierto que existe gente (por fortuna, muy escasa; rarísima podría decirse) capaz de aparentar una honradez total, una franqueza seductora, y así consiguen conquistar un numeroso auditorio. Pero este tipo de magia es magia negra de la peor, y los resultados —tanto para quien así se comunique, como para sus fascinados receptores— serán nefastos, a corto o largo plazo. Si no tienes nada que decir, ¡no escribas! Si te falta la tan necesaria empatía con los lectores, con el público a quien quieres transmitir eso que consideras tan importante, acéptalo y busca alguna otra forma de transmitir tu mensaje; si no encuentras las palabras necesarias, ¡convence con tus hechos!

Supongo que pensarás que he ido algo más allá de la simple cuestión de cómo escribir; pero para mí es sumamente importante el por qué, el para qué se escribe.

7-Ahora, las preguntas más o menos comprometedoras... y tranquilo, Agustín, que esto no es exactamente para publicar en Cuba (y ya dejando ese usted que me parecía tan artificial entre amigos): Eres considerado el autor de ciencia ficción socialista por excelencia, gracias a tus tres primeras novelas del género. Incluso viajaste a congresos de escritores en la antigua URSS y Hungría, en tal calidad. Pero, curiosamente, esta condición de “visionario políticamente correcto” que creía en un futuro comunista de armonía entre los hombres y economía eficazmente centralizada, parece contrastar de modo notable con la reputación de “intelectual conflictivo” que aún te acompaña. Háblanos un poco de esta antítesis... si puedes y quieres, claro.

R/: Me parece que los lectores ya deben haberse llevado una idea bastante exacta de cómo funciona la antítesis a la que te has referido. Pero no está de más puntualizar algunos detalles... Querido amigo, nada es más difícil que reconocer que te has equivocado en algo. Sobre todo, si a ese algo le has consagrado tu vida entera. No es mi caso, me apresuro a señalar; pero conozco —y conocí— personas que me son, o me han sido muy cercanas, y a quienes puede aplicárseles muy bien la frase anterior. Y te confieso que al verlos, o al recordarlos, siento que se me

parte el alma, porque hubo un tiempo en que marchábamos juntos, y sé de la bondad de sus corazones y de la pureza de sus intenciones.

Pero ¿en qué difiere tu posición de la de ellos?, me preguntarás, y con toda razón... Pues en que siempre tuve algo dentro, un instinto podrías llamarle, que me impidió cruzar el límite y hacer algo que, de no estar plenamente justificado por los ideales más elevados, sería motivo de bochorno y vergüenza. ¿Quieres que te cite un ejemplo concreto? Bien. En el año ochenta, con motivo de la famosa “corrida del Mariel”, se pusieron de moda los actos de repudio. En ese año no sólo era el recién premiado autor de *Espiral*, sino el presidente del CDR de mi cuadra —que estaba en el mismo corazón del muy temido barrio del Condado. ¿Puedes imaginarte qué hice, en cuanto me enteré de esos actos de repudio? Pues decir en medio de mi cuadra que no estaba de acuerdo con esos actos; ¿acaso no se había estado diciendo a cada momento que “si esto no te gusta, te vas”? Entonces ¿podíamos disgustarnos porque se nos hubiera cogido la palabra? No (seguía argumentando), la actitud que debíamos tener era la de llevarle bocaditos de jamón y queso a quienes se iban, para que se fueran acostumbrando... Sorprendentemente, a mi cuadra nunca vinieron a movilizar los cederistas para ir a repudiar a alguno de los que habían recibido el telegrama, y continué siendo presidente de mi CDR (claro, los habitantes del Condado nunca han sido fáciles de manejar). Pero ahora que he recordado ese incidente, me pregunto si tendría algo que ver con la resolución de Úrsula (la Directora de Cultura Provincial en aquel entonces) de prohibirme la entrada en la Delegación Provincial, argumentando que yo era un antisocial, y que se orientó poco después de finalizada aquella memorable corrida (Si quieres comprobar la certeza de esa prohibición, puedes preguntarle a Félix Luis Viera, que era entonces el asesor de Literatura en la Provincia, y a quien tuve de dejar de visitar en su despacho en la Delegación).

¿Y todavía continuabas apoyando al gobierno? me preguntarás, asombrado y no sin justicia. Y sí, lo seguía apoyando: porque pensaba que esos errores eran inevitables —*errare humanum est*; errar es de humanos, decía algún romano cuyo nombre no recuerdo— pero llegaría el momento en que se aceptarían y serían enmendados: ¿Acaso Marx no había dicho que la práctica era el criterio de la verdad? Pues cuando la práctica demostrara la gravedad de esos errores (errores, te recuerdo, que yo intentaba combatir escribiendo mis novelas de ciencia ficción) serían corregidos de inmediato... Sí, puedes dudar entre que sea muy bruto, o demasiado ingenuo.

Siguiendo este diálogo imaginario, supongo que me preguntarás —ladeando un tanto la cabeza y mirándome con los ojos entornados— “Agustín, ¿Y cuándo fue que terminaste de darte cuenta?” (no olvido que, aunque esta entrevista no es para Cuba, tú estás en Cuba; así que, en cuanto estimes que tu pellejo corre riesgo, declaras por el micrófono que hay problemas con la señal y cortas la transmisión, es decir, suprimes, a partir de este párrafo o de alguno posterior, el resto de la respuesta. Tengo confianza plena en tu instinto de autoconservación).

Pues puedo decirte año, mes y día (7 de diciembre de 1989); la hora no puedo precisarla, sólo recuerdo que era de noche. Estaba sentado ante la tele, escuchando el discurso central del acto, y sentía como el alma se me caía a los pies. Hasta ese momento había esperado que se impusiera la lógica, la más elemental previsión de las consecuencias de seguir insistiendo en lo que entonces escuchaba, en que la culpa de todos los problemas la tenía el enemigo de afuera, y no los errores que cometíamos adentro. Escuchaba el toque fúnebre por la perestroika cubana, por la esperanza de que nuestra economía —sí, todavía teníamos economía entonces— pudiera continuar recuperándose, y veía con los ojos del alma los incontables muertos que esa decisión iba a costarle a nuestro pueblo...

¿Y qué hiciste? ¿Te tiraste a la calle a dar gritos? preguntas tú, y te respondo que no, no me tiré a la calle. Conservaba, aún, una última esperanza (¡qué trabajo le cuesta morir a esa desgraciada!); quizás cuando vieran a los cubanos con el esqueleto rompiéndoles la piel, cuando estudiaran las estadísticas de suicidio o la de los que caían, muertos de inanición, en medio de las calles, al fin reflexionarían, comprenderían que se habían equivocado y rectificarían aquel error monstruoso... Comprende; no pude concebir que por pura terquedad —no aceptaba la tesis de que fuera solo para mantenerse en el poder; no era concebible semejante estupidez— se hubiera condenado a mi pueblo, a los cubanos de a pie, a pasar por el calvario de los años 93-94.

Eso sí; cuando Abel Prieto reunió a los escritores más importantes de ese tiempo para anunciarles, lleno de alegría, que se nos iba a autorizar a residir fuera del país sin perder la ciudadanía cubana, para que no sufriéramos la hecatombe que ya se estaba acercando, tuve que decirle cuando acabó la reunión que yo no podría irme, y él me pregunto sonriente que por qué, y le respondí que porque no podría hablar bien del gobierno... Pese a todo, logré conservar alguna discreción; no le dije que el motivo fundamental era que, si mi pueblo iba a sufrir una agonía terrible, yo no podía abandonarlo, sino que debía compartir su suerte...

Alégrate; el último párrafo lo he escrito iluminándome con una vela. No le habrás dicho a nadie que me estabas haciendo una entrevista con preguntas como esta, espero... Así que, de todas formas, la señal se ha cortado. No importa; quizás el próximo año podamos terminar esta interminable entrevista.

Y, sí, lo de la vela no es una exageración: por increíble que parezca, el domingo 16 de enero del 2010 se fue la luz en Santa Clara a las 7 de la noche, y cuando esa misma noche pasé a buscar mi laptop, que ese viernes 14 había llevado en la mochila desde La Habana para dejar a Agustín sin más excusas para no responderme YA, las 10 preguntas que estaban redactadas y en su poder desde abril del 2009... resulta que las respuestas anteriores eran todas las que había podido teclear trabajando como un galeote entre viernes, sábado y domingo. Y menos mal que la batería de mi portátil le permitió casi acabar de responder la séptima. Bueno, peor es nada... así que, enfrentado a la muy real posibilidad de que pasen meses antes de que pueda volver por Santa Clara laptop a cuestas, y dado que Agustín se empeña en que (por no molestar) no puede ir a responder las preguntas en casa de Lorenzo Lunar Cardedo, de Pablo René Estévez o de cualquier otro de los muchos amigos comunes santacclareños dueños de un ordenador, he decidido hacer pública esta entrevista inconclusa en su estado actual, tan sólo adjuntándole esta coletilla. Del lobo un pelo ¿no?

No obstante, sin perder la esperanza de que en un futuro no necesariamente inmediato caiga de nuevo por la ciudad de Marta Abreu y el autor de Espiral pueda continuar respondiendo esto, se me ocurrió que no estaría nada mal dejar a la consideración del fandom, a modo de epílogo, las tres que no tuvo tiempo de contestar... Quizás a alguien se le ocurran otras igual de buenas, o mejores. Que me las envíe, entonces, y yo las sumaré a estas tres con gran placer. Todavía hay tiempo... espero.

Sin más, he aquí las preguntas pendientes:

8-Algo más personal, para seguir cambiando de palo pa'rumba de vez en cuando y presumir de enterado: en varias ocasiones has dicho que las mejores obras de tu vida eran tus 3 M: tu esposa Mirtha y tus hijas Maité y Mayra. Así que, sin querer dárme las de psicoanalista, me atreveré a suponer una relación entre tu muy feliz vida familiar y tu obra. ¿Existe esta relación realmente? Háblanos un poco de ellas... si no crees que estoy invadiendo demasiado el terreno de tu vida privada, por supuesto.

*9-Ya casi llegamos al final... y a lo que a muchos lectores (confío en eso) les parecerá lo mejor: en la ya no tan reciente visita que te hice en marzo del 2009 en Santa Clara, surgió un proyecto conjunto: el de retomar a cuatro manos una historia que habías comenzado a escribir en 1988 y dejado inconclusa desde entonces. O sea, que tras más de dos décadas durmiendo en una gaveta, **El Espejo Oscuro** podría finalmente concluirse y verse publicado, lo que representaría el regreso de Agustín de Rojas a la ciencia ficción... aunque fuese compartiendo la portada con el que redacta estas líneas. Háblanos (bueno, no tanto a mí como a los lectores) un poco de este proyecto, del argumento de la historia, en fin, un adelantico, please...*

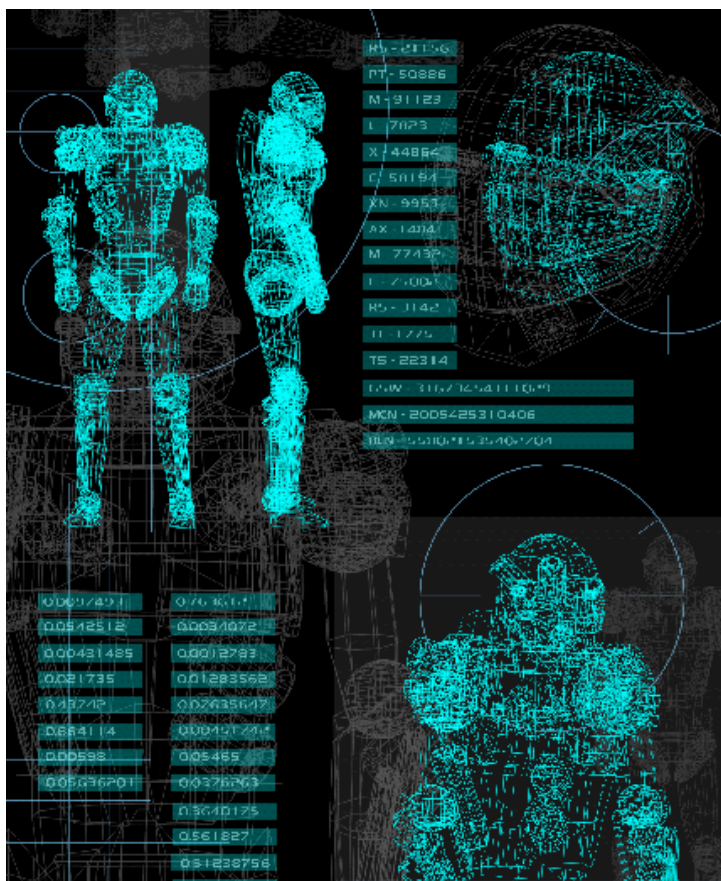
10-Y para terminar con generalidades: ¿por qué elegiste la ciencia ficción? ¿O te eligió a ti? ¿Cuál crees que debe ser la función social del autor de ciencia ficción en estos tiempos de globalización unipolar, contaminación ambiental y demás agradables características del mundo post-comunista? O sea ¿por qué y para qué escribirías CF hoy en día?

19 de enero de 2010

DE LA ETICIDAD Y DE OTRAS NOTICIAS EN LAS NOVELAS DE AGUSTÍN DE ROJAS

Raúl Fidel Hernández Capote

(Tomado de la revista Letras Cubanas No.6, Octubre/Diciembre/1987)



Cuando un escritor se propone crear dentro del género de ciencia-ficción, tiene ante sí varias opciones: centrar su atención en los elementos científico-tecnológicos como factor fundamental, en cuyo caso cualquier otra problemática se subordina a esta; o situar en primer plano determinados conflictos, acontecimientos o acciones humanas, a los que se supeditan los componentes fantásticos y científicos, que devienen complemento entonces en la estructura de la novela o el cuento de este género. Pero suele suceder también que la utilización intensa de ambos elementos conforme la armazón de la obra dada, lo cual implica, generalmente, una visión más aguda de la realidad abordada y presupone, así mismo, un conocimiento profundo de ambos aspectos por parte del autor. Tal es el caso de Agustín de Rojas (Santa Clara, 1949), cuya primera novela **Espiral**¹ obtuvo el Premio David en 1980. Con posterioridad publicó **Una leyenda del futuro** (1985)² y actualmente prepara para su próxima edición **El año 200**.

DE LA ETICIDAD

En las dos novelas publicadas por Rojas, la intención última del autor es el tratamiento de lo ético. Si en **Espiral** encontramos el cúmulo enorme de situaciones e historias que conforman lo que podríamos calificar de novela

¹ Rojas, Agustín de, *Espiral*. Ciudad de la Habana, Edic. Unión, 1982. 509 pp.

² Rojas, Agustín de, *Una leyenda del futuro*. Ciudad de la Habana, Edit. Letras Cubanas (Col. Radar), 1985, 242 pp.

épica, en *Una leyenda...* nos enfrentamos a situaciones muy concretas y determinadas en estrechos marcos espacio-temporales para el tratamiento del mismo problema: el ser humano en situaciones extremas.

Situarse al ser humano en situaciones extremas, en aquellas coyunturas en que todo pelagra, hasta la vida en el planeta y donde no hay lugar para el error, es el recurso elegido por Rojas para apuntar hacia el sustrato último de la conducta del hombre. El novelista ignora deliberadamente todo acontecer banal, toda historia superflua, para dejar el campo despejado a los principios éticos. Para él, lo importante es el momento en que se tensan todas las fuerzas y los valores humanos, donde se ponen a prueba principios y convicciones, donde se devela, en fin, la verdadera esencia del hombre.

En ambas novelas, la historia a contar es similar: se trata de un grupo elegido de especialistas, con elevado nivel de preparación científica, física y psíquica, que debe cumplir una misión determinada en el espacio (**Una leyenda del futuro**), o en otro planeta (**Espiral**). Todo el conflicto se mueve alrededor del binomio dialéctico posibilidad-realidad referido a la tarea encomendada al grupo; y es precisamente el sentido colectivo de la voluntad y el deber lo que signa la proyección individual de cada uno de los integrantes del equipo, para quienes lo más importante es, en cualquier caso, el término satisfactorio de la misión a cumplir.

Tomemos, por ejemplo, **Una leyenda del futuro**. Allí, tras el choque de la Sviatagor con un sideralito, y la muerte —por esta causa— de tres de los seis tripulantes de la nave, se impone ante Thondup y Gema (los dos únicos sobrevivientes capacitados para la acción física) una labor casi imposible: el regreso de la Sviatagor —seriamente averiada— a la Tierra. Para lograrlo emplean todas sus reservas, convencidos del deber no como destino, sino como entrega humana consciente en situación extrema, para la consecución de objetivos que se sitúan más allá de lo individual, en bien del hombre todo. Solo así puede entenderse la alegría de Isanusi (el tercer sobreviviente, jefe de la expedición) al ordenar que su cerebro sea integrado a la biocomputadora, ante la imposibilidad de ejercer sus funciones motoras y la necesidad de la reparación urgente de aquella, que ha sido destruida en parte por el sideralito: o la actuación de Gema cuando tiene que matar a Thondup como única solución posible, en tanto la absoluta delirancia de este pone en peligro la seguridad de la nave. En realidad, desde el inicio mismo de la novela, los personajes saben que van a morir: están expuestos a una radioactividad muy alta cuyas secuelas comienzan a hacerse evidentes. Saben, pues, que tienen contadas horas y deciden emplearlas en lograr el retorno de la nave a la Tierra, al costo de su propia existencia.

DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Tiempo y espacio son utilizados en **Una leyenda...** siempre en función del superobjetivo de Rojas. Toda la primera parte de la narración se desarrolla dentro de la planetonave a un ritmo acelerado. El espacio cerrado y la rigidez de los acontecimientos contribuyen a crear el clima de tensión y *stress* que subraya el estado mismo de los personajes, situados en condiciones de extrema urgencia. El autor va marcando el acontecer en horas y minutos de manera explícita, porque para él es importante que el lector sea consciente de la “carrera contra reloj” a que están obligados los tripulantes de la Sviatagor para cumplir con el propósito que se han planteado en tan difíciles condiciones.

En la segunda parte de la novela Rojas evita el conteo temporal. Su objetivo ya no es el planteamiento del conflicto, sino la solución de este, y a la vez, ofrecer los antecedentes de la historia narrada. Para lo último se vale del sueño como recurso que permite el flujo de recuerdos y asociaciones, acción que no es espontánea en los personajes, sino provocada y controlada por el propio hombre: es el logro superior de lo humano consciente en el dominio del subconsciente. A través del recuerdo provocado se ofrece al lector “la otra historia”, la que precede al acontecer factual expuesto en la primera parte del texto. El discurso se mueve aquí en dos planos espacio-temporales que se complementan para enriquecer la mirada cognoscitiva del receptor.

Cabe señalar, empero, que no es esta la única función del recurso apuntado, toda vez que opera también como elemento comprobatorio de la capacidad afectiva del personaje “condicionado” como autómata (Gema).

Una leyenda... es —a diferencia de **Espiral**—, una novela de espacio y tiempo controlados. Si en su primera obra de Rojas lanza a sus personajes a espacios abiertos y la trama discurre en un tiempo “extenso”, en la segunda los expedicionarios de la Sviatagor se mueven en el estrecho marco físico de la planetonave y el tiempo tiene allí carácter de “intenso”.

Es precisamente la economía de recursos espacio-temporales lo que permite al lector de **Una leyenda...** centrarse en el conflicto humano reflejado con mayor fuerza. De igual manera, la abundancia de retrospectivas, planos

temporales y espaciales diversos, historias paralelas y otros modos de empleo de estas dos dimensiones a que nos estamos refiriendo, logra crear, en el caso de **Espiral**, la atmósfera de epicidad requerida por el autor para situarnos ante la tragedia de una civilización destruida y el actuar responsable de un grupo de rescate que pone en juego su propia existencia, movido por la dimensión moral que entraña su misión.

DE LA RELACIÓN HOMBRE-MÁQUINA

Uno de los problemas que más preocupan al hombre contemporáneo —y cuya solución ha contado con numerosas respuestas, en dependencia de la filiación ideológica del que teoriza— encuentra espacio destacado en la novelística de Rojas. Se trata del aparente conflicto entre el desarrollo vertiginoso de la tecnología (especialmente de la computación) y las posibilidades intelectuales del ser humano; o dicho con otras palabras, la compleja interrogante: ¿pueden las “máquinas pensantes” ser superiores al hombre? ¿llegarán algún día a controlarlo? Este asunto, apuntado ya en **Espiral**, es ampliamente desarrollado por Rojas en **Una leyenda...**, donde, a partir de recursos esencialmente artísticos, el autor nos ofrece su punto de vista al respecto. Para él, tal conflicto no existe, si la funcionalidad ejecutiva de la computadora y el robot complementan la creatividad de su creador.

En la última de sus novelas, la contradicción se presenta en dos planos: en el propio ser humano (Gema, convertida en autómeta a partir del “condicionamiento para situaciones no previstas” aplicado por Thondup y que se debate constantemente entre su capacidad ejecutiva a ultranza y sus afectos) y entre el hombre y la máquina como polos contrapuestos (Isanusi, “cerebro humano” de la nave y Palas, la biocomputadora, “cerebro mecánico” de la Sviatagor). En el primer caso, la contradicción se resuelve con la identidad de objetivos funcionales y ético-afectivos; a saber: el logro del regreso de la nave a la Tierra, como razón de principios. En el segundo la solución es mucho más novedosa y compleja: el cerebro de Isanusi se integra físicamente a Palas, lo cual le otorga a esta nueva entidad humano-mecánica un nivel de eficiencia que permite el uso de la Sviatagor, durante cientos de años, como nave de entrenamiento y aprendizaje de los nuevos grupos espaciales a formar.

Es evidente que para Rojas hombres y máquinas están —cuando el desarrollo tecnológico y de la conciencia lo permiten— siempre en función de las aspiraciones y los ideales más nobles de la humanidad, y que juntos —no de otra manera— llevarán la Historia hacia delante. La oposición de estos elementos, según el autor, significaría el fin trágico de la civilización (en **Espiral**, después de la Catástrofe, la Tierra queda destruida casi por completo y sus habitantes en los más bajos niveles de desarrollo social). Sin dudas, la obra de Rojas es también un llamado a la paz.

DE LAS LIMITACIONES DE UNA DATACIÓN

Los elementos utilizados por Agustín de Rojas en sus novelas se integran con eficacia a la estructura narrativa, de manera tal que conforman un sistema donde el todo y las partes logran la armonía necesaria para el funcionamiento de los textos como unidades artísticas suficientes. Sin embargo, uno de ellos carece de esta virtud y actúa como lastre para la armonía discursiva de lo narrado. Se trata de la datación que fija el autor para el desarrollo anecdótico de *Espiral* y *Una leyenda del futuro*. La acción se sitúa en la segunda mitad del siglo XXI y se extiende un poco más allá hacia el siglo XXII, en la primera, y en el año 2038, en la segunda. En ambos casos, el desarrollo tecnológico y —sobre todo— el desarrollo fisiológico e ideológico de la conciencia del hombre se encuentran demasiado por encima de los pronósticos posibles para esa fecha, si se tiene en cuenta el nivel actual de las relaciones técnico-científicas y socio-políticas.

El arte es siempre una forma refleja de la realidad y, el propio tiempo, una realidad específica. Su doble carácter objetivo-subjetivo explica que el papel que desempeñen la intuición y la fantasía creadoras sea de gran magnitud, sobre todo en aquellas manifestaciones donde el pronóstico o el “adelantarse en el acontecer temporal” tienen un peso fundamental, como es el caso de la ciencia-ficción, donde el “material” con el que se trabaja es un amplio espectro de posibilidades que se acercarán más o menos a lo real, en tanto mayor o menor sea su concordancia con las condiciones objetivas y subjetivas para su realización.

En el caso de las novelas de Rojas, existe un notable desbalance entre las condiciones antes apuntadas y las posibilidades esgrimidas. Allí, el alto desarrollo tecnológico y el agigantado perfeccionamiento del cerebro y las relaciones sociales, se encuentran muy por encima de la realidad contextual posible dentro de solo cinco décadas, de tal suerte que el autor se ve obligado a soluciones simplificadoras en el plano de las relaciones políticas, como es la división del planeta en dos únicos sistemas: el Imperio y la Federación, o el recurso de los Soñaderos como centros donde la evasión liquida el enfrentamiento clasista a favor de la causa comunista.

Todo esto produce, como efecto negativo para el texto, una pérdida sensible de verosimilitud, quizás evitable con otra determinación temporal menos cercana; tan es así, que si obviamos en la lectura la datación sugerida por Rojas, la verdad poética que conforman gana considerablemente en veracidad artística.

Estas son, *grosso modo*, algunas noticias sobre **Espiral** y **Una leyenda del futuro**, dos novelas de Agustín de Rojas con las que nuestra narrativa de ciencia-ficción confirma su derecho a la existencia fructífera dentro de la literatura de la Revolución. El optimismo y el enriquecimiento espiritual de un hombre convencido de que su futuro será mucho más que una leyenda es el saldo de la lectura de estas dos obras. Esperamos, pues, **El año 200**, con la esperanza de que nos traiga nuevos y mejores sucesos.

UNA LEYENDA DEL FUTURO

(Fragmento)

Agustín de Rojas

Prólogo

El verde disco, ribeteado de blanco, creció despacio, al principio. Después, rápido, muy rápido, demasiado rápido, casi inconscientemente, el hombre que bajaba del cielo contuvo la respiración, un segundo antes de que sus botas desaparecieran dentro del espeso herbazal, aplastando, quebrando los tallos crujientes, hundiéndolos en la tierra todavía húmeda.

El aeronauta se enderezó, su mano buscando la negra placa sobre el pecho. La encontró; la oprimió. Cesó el monótono zumbido del levitador a sus espaldas, y sobre los hombros se atirantaron las correas. Atento, Isanusi escuchó el viento silencioso... Por encima del bajo círculo de piedras calizas, pasó la mirada, hambrienta de verdes, y los halló: el verde oscuro de bosques lejanos; el verde, claro y brillante, de las hierbas; otros colores, pálidos, desvaídos, y verde, verde, más verde... Sus ojos bebieron hasta el que manchaba las rocas de musgos y líquenes. Con fuerza, profundamente, Isanusi aspiró el aire cargado de olores vegetales, y sonrió.

En la cabina de control, las luces de alarma parpadearon dulcemente... Inclinandose sobre el tablero, Alix preguntó:

—¿Qué ocurre, Palas?

Las cifras corrieron veloces por los indicadores, hasta convertirse en manchas confusas, ilegibles; cien agujas multicolores temblaron en sus redondas cárceles de cristal, hacia la derecha, hacia la izquierda; y el tablero habló.

—Campo protector, alterado; fuga energética, localizada en el inductor delantero, no controlable.

Alix se acarició el mentón.

—¿Qué propones?

—Suspender el campo protector, revisión humana del inductor averiado: según el resultado, proceder a su reparación o sustitución.

—Gracias por...

Alix no pudo terminar la tradicional frase de desconexión; casi atragantándose con las palabras, el tablero la interrumpió:

—Advierto, advierto: tiempo restringido para tomar decisiones, desequilibrio energético crecien...

La voz de Palas dejó de ser audible. De forma automática, la mano derecha de Alix desconectó el campo magnético de protección, la izquierda abrió el intercomunicador, mientras que el agudo silbido de la alarma resonaba por toda la nave.

—Atiendan todos; situación de emergencia. Pável, Kay, prepárense para una salida al exterior; los demás esperen instrucciones...

Cerró el intercomunicador. Sus manos regresaron al tablero, zigzaguearon entre reóstatos y conmutadores, interrogando, proponiendo, discutiendo... Una gota de sudor —la primera— resbaló sobre las arrugas de su frente.

Justo en el centro del campo de aterrizaje se alzaba el monolito gris. De pie frente a él, Isanusi terminó de leer la placa cubierta de signos, y sus dedos treparon por la arista de la piedra; una leve presión, y en la parte inferior de la roca se abrió una boca cuadrada. Los brazos penetraron en la fresca cavidad, tocaron y desecharon un saco, y el siguiente; extrajeron el tercero y lo colocaron sobre la hierba, junto al levitador. El viento lo hizo palpitar con irregulares ráfagas, mientras Isanusi se desvestía pausadamente. Las sombras habían empezado a acortarse, y el sol calentó su oscura piel... Dobló la ropa con cuidado, la introdujo dentro de la roca abierta, y la cerró.

—...Imaginate esa piedrecilla cósmica, apenas un kilogramo de masa, vagando tranquilamente por el espacio sin suponer siquiera que nuestra nave está corriendo a su encuentro, a ciento cincuenta kilómetros por segundo...

—Cállate, Pável.

La escafandra frente a Kay giró, descubriendo la estrecha mirilla transparente, el brillo oscuro de los ojos detrás.

—Puedo callarme; dejar de pensar, no. Tú también deberías pensar en eso, y andar más deprisa; mira, aún te faltan los cierres...

Bruscos, precisos, los guantes de Pável recorrieron la unión entre el traje y el casco de Kay.

—Así. No pienses, y calla, si quieres; pero no pierdas tiempo... Comprueba el traje.

Caminando con torpeza, Kay cruzó la cámara de descompresión. Detrás de ella, se desenrollaba el cable de seguridad, susurrando suavemente... Sus guantes recorrieron el mosaico de placas sobre el pecho, y volvieron, laxos, a los lados del cuerpo.

—¿Lista?

Como respuesta, una leve inclinación del casco. Tras humedecerse los labios, Pável anunció:

—Ya estamos preparados, Alix.

Las bombas aspirantes entraron en acción. Junto con el aire de la cámara, desaparecieron las arrugas en los trajes espaciales, y solo quedaron dos figuras hinchadas, esperando bajo la compuerta de salida.

El sol se reflejaba con destellos azules sobre el metal. Cuidadosamente, Isanusi pasó la yema del pulgar por el afilado borde, y sus labios se entreabrieron, descubriendo los dientes, fuertes, blancos. Volvió el cuchillo a su vaina. Alzando el saco, lo acomodó entre sus hombros y, con flexible andar, caminó hacia el mar verde que lo rodeaba, la funda del cuchillo rozando el muslo a cada paso, el saco semivacío oscilando, rítmico, a sus espaldas.

Primero apareció un hilo negro, muy recto. Se ensanchó descubriendo el vivo fulgor de mil lejanas estrellas. Pável y Kay redujeron la transparencia de sus mirillas y todo fue como una clara noche terrestre. Adelantándose, Pável ascendió por la escalerilla vertical. Kay lo siguió con la mirada y vio brillar su casco, ya fuera de la nave, bajo los impactos de los átomos del enrarecido gas espacial. Subió a su vez, los ojos fijos en el centelleante costado izquierdo de Pável; el derecho permanecía oscuro, casi invisible.

—Pável, te habla Alix.

—Escucho.

—Te propongo no perder tiempo revisando el inductor; mejor cámbialo de inmediato, después lo puedes arreglar, estando ya adentro. ¿Te parece bien?

—Sí.

Caminaron encorvados sobre el casco resplandeciente, acompañados por el seco chasquido de las suelas magnéticas adhiriéndose, desprendiéndose... Adelante, envuelta en un frío haz de luz, la proa de la nave los aguardaba.

El cristal se quebró, y temblaron las nítidas piedras del fondo; Isanusi retiró el cuenco formado por sus manos y bebió de él. Los hilos de agua corrieron por su pecho, apresurándose en volver al río...

La sorda vibración les llegó a través de las botas; inclinándose aún más, Pável y Kay apoyaron los guantes en el luminoso casco de la nave, y miraron: no lejos, una masa líquida afloró por una grieta que no existía un momento antes, y se solidificó casi instantáneamente. Quedó, sobresaliendo de la tersa superficie, una cúpula dorada. Por un largo instante, las dos escafandras permanecieron inmóviles, silenciosas.

—A todos, a todos, información general: el microlito no llegó a atravesar el casco interior, lo detuvo la capa de densiplasma.

Alix calló, y ellos respiraron. Enderezándose, Pável reanudó el avance.

—¿Pável?

—¿Kay?

—Habla. De lo que quieras.

Dentro del casco, una sonrisa forzada.

—Está bien...

Isanusi sacudió las manos; las gotas salpicaron las hojas dentadas de los arbustos, la tierra desnuda, el río, su propio cuerpo... Sin razón aparente, gritó y rió, mientras entraba en el agua helada.

—...caminábamos por el parque, como de costumbre... No; ahora recuerdo que sólo miraba al suelo. No miró al cielo ni una sola vez, Kay. Y yo no sabía qué decirle... Caminábamos en silencio, sin mirarnos. Ya de regreso, comenzó a hablar. Me dijo que ahora comprendía que era absurdo pensar en vuelos a otros planetas, cuando aún quedaba tanto por hacer en el nuestro. Que lamentaba los años perdidos, que se alegraba de que su grupo no hubiera sido aprobado...

La voz de Alix surgió de improviso dentro de las escafanfras:

—¿Y tú qué le respondiste, Pável?

—Nada. ¿Qué podía decirle?

—¿Y me lo preguntas a mí? ¿Tú, que tanto te gusta hablar y hablar, hasta ahora?

Pável no respondió. Sus manos perdieron velocidad, se movieron más despacio en torno al cilindro ahusado en el extremo delantero de la nave. Las mandíbulas de Kay se contrajeron espasmódicamente... Preguntó con aspereza:

—¿Alix, te has dado cuenta de lo que has hecho?

—Pero Kay, si es que Pável...

—¿Cómo se te ocurrió interrumpirle? Sigue hablando, Pávlik; yo te entiendo, te comprendo. Alix ha hecho eso solo porque está nerviosa, ella... pero habla, Pável, quiero oírte.

Durante interminables segundos, solo ruidos, solo estática. Luego, de nuevo, el murmullo de Pável:

—Erik y yo estamos juntos, desde la Precósmica... Mil veces me he preguntado por qué no los incluyeron, a Tania y a él, en nuestro grupo... La culpa de no haber sido aprobados no tiene que ser necesariamente suya, Alix. Debes comprenderlo; después de tantos años...

Gradualmente, sus movimientos se aceleraron. Del cilindro saltó una varilla redonda, y cayó en los guantes de Pável; Kay sacó de su traje el inductor de respuesta, lo alcanzó a Pável, tomó el averiado y lo guardó.

—...algo momentáneo, transitorio; cuando pase el tiempo...

El nuevo inductor desapareció dentro del cilindro. Ágiles, las manos de Pável iniciaron el proceso de sellaje...

Cantando, el agua cubrió de espuma las rodillas de Isanusi, frenando su regreso al sol, al calor... Los dedos de los pies se hundieron en el limo, treparon por la empinada orilla, lo condujeron hasta el saco abandonado. Tendiéndose sobre él, Isanusi esperó, con los ojos cerrados, a que su piel se secara.

—...¿qué significaría aquello?

Él, delante de quien todos tiemblan,

besando la hierba seca, llorando...

De pronto, al levantar la mano exclamó:

¡No soy más vuestro rey, desde ahora!

¡La muerte en las tierras natales

es más amada que la gloria en parajes lejanos!

Un breve silencio...

—¿Maikov?

Los ojos de Gema se abrieron rápidamente, buscaron el videófono... Desde la pantalla, Thondup le sonreía. Dejando escapar un suspiro, respondió:

—Sí, Maikov.

Thondup la miró comprensivo.

—No es difícil comprender que era otra persona que deseabas ver... ¿Lo despierto?

Gema hizo con la mano un gesto negativo.

—¿No? Como quieras. Pero tú lo conoces; no nos perdonará el haberse perdido una ocasión como esta.

—Y si lo despertamos, ¿qué podría hacer? ¿Esperar, como nosotros? No, no vale la pena, Thondup... ¿Para qué querías verme?

La sonrisa del hombre se acentuó.

—Asunto de trabajo; verificar la reacción de un miembro del grupo en condiciones de stress. Gracias, Gema.

Y el videófono se apagó.

El calor del mediodía despertó a Isanusi. Levantándose, recogió el saco, y lo reacomodó sobre la caldeada espalda; silbando una vieja canción, reanudó su camino.

Las manos de Alix se alzaron, cruzándose tras su cuello, oprimiendo la dolorida nuca un instante; al volverse a inclinar sobre el tablero, vio brillar una cálida luz amarillenta. «Reparado el inductor; ya deben estar de regreso. Como nos reiremos recordando este mal rato... No tan aprisa, Alix; todavía no están adentro... No debí interrumpirlo, Kay tenía razón; pero bien pudo hablar de otra cosa... Ya no tengo dudas sobre la causa que frustró ese grupo; el mismo Erik...» Interrumpió sus pensamientos un chispazo de luz en el tablero; acercando el rostro a la pantalla derecha, la examinó con atención. Respiró. «No, nada en el localizador... Esa forma de reaccionar, renegando de todo... ¡Y todavía Pável lo defiende! Si es un auténtico pitecántropo. Audo no se equivocaba, no; aún abundan; llegan hasta la Academia Cósmica... Llegan, sí, pero no pasan; suerte... suerte no; justicia. Es suerte que esto nos haya sucedido aquí, la densidad de la materia es baja en esta región... Como deseo verte, Thondup... Si nos llega a ocurrir esto en el cinturón de asteroides...» Miró el diagrama formado por las luces. «No, todavía no han entrado.» Comprobó la hora y sonrió. «Claro, ni aunque regresaran corriendo... Qué despacio pasa el tiempo; todavía una hora hasta el relevo... Quisiera ver su cara cuando se entere. ¿Lo habrán despertado ya?» Otra ojeada al tablero. «No, todavía... Nada en el localizador. Somos afortunados; un macrolito, y... ¿Para qué pensar en lo que no ha ocurrido? Concéntrate en lo que tienes que hacer, Alix... Ya deben estar llegando a la compuerta... En cuanto me revelen, voy directo a ver a Pável; y entonces no habrá motivos para callarme lo que pienso sobre Erik. Pável es excesivamente crédulo, demasiado benevolente con todo el mundo...»

Isanusi midió la distancia con la vista. Una carrera para tomar impulso, un salto, y estaría al otro lado del barranco. Retrocedió una docena de pasos, flexionando, preparando sus músculos... Inició la carrera, la mirada atenta a la distancia decreciente al lugar donde comenzaría el salto, al pequeño arbusto de la otra orilla junto al cual debería caer.

LAS LUCES DE ALARMA GRITARON. De forma instintiva, Alix lanzó sus manos hacia el tablero, intentando tomar los controles... No lo consiguió.

Saltó, vibrante el elástico cuerpo, la mirada fija en el pequeño arbusto que se acercaba a toda velocidad. Con nitidez absoluta percibió cada una de sus hojas, estremecidas por la suave brisa... Sentía tensos, contraídos sus músculos, en la espera del choque contra la tierra; y, de repente, estallaron mil soles.

Crecieron, crecieron, se encogieron, volvieron a crecer; siempre quemando, quemando los ojos deslumbrados. El calor lo cubrió en densas oleadas, envolviéndolo, abrasando cada célula de su cuerpo; se retorció, gritando sin voz. Cada músculo, cada nervio ardió, contrayéndose, chisporroteando, carbonizándose...

Llegó, salvadora, la oscuridad. Todo se apagó súbitamente; todo, hasta el dolor.

TRILOGIA DE ANTICIPACION: REFLEXIONES Y AFLICCIONES

Anabel Enríquez Piñeiro

(Tomado de Guaicán Literario, escrito en 1991)



*... donde yo encuentro mayor poesía
es en los libros de ciencia
José Martí*

Decimos ciencia-ficción y muchos la asocian con la evasión, la huida a otros planetas desde la desagradable realidad cotidiana. Sin embargo, los autores que tienen esto como propósito no son los más significativos (dentro de este subgénero de lo fantástico que se formó junto al creciente avance científico de la sociedad y ha estado íntimamente vinculado con los acontecimientos históricos, sociales, económicos y políticos).

La ciencia ficción cubana mostró desde sus inicios inquietudes de tipo universal. En 1979 se instituye el Premio David para el subgénero, por parte de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), y desde entonces se aprecia la labor creciente de un buen grupo de autores; aunque en ningún momento puede considerarse un ejercicio extensivo.

La ciencia ficción presenta diferentes modalidades. Entre ellas, la más compleja y difícil, la llamada hard science fiction, cuenta con escasos cultivadores en los países subdesarrollados, dado el propio atraso científico-técnico de las regiones del Tercer Mundo. Por tanto, no solo Cuba, sino toda América Latina no escapa a esa realidad y posee escasos representantes de la vertiente realista del subgénero. Nuestro país sin embargo, aparece en la vanguardia del continente y cuenta con algunos autores enfrascados en esta modalidad de la ficción de anticipación, entre los que se ubica como máximo exponente Agustín de Rojas Anido, escritor villaclareño que reafirma una posición cimera en la ciencia ficción, no solo cubana, sino latinoamericana.

Licenciado en Ciencias Biológicas, Agustín de Rojas se inició en la literatura gracias a la necesidad de comunicar su interés por el destino del hombre, estimulado con el poderoso caudal informativo que acumula en años de ávida lectura. Se considera tributario de muchos autores, fundamentalmente Bradbury y los hermanos Strugatsky, así como de otros que no son del género), Hammet, Merimeé, Dostoievski, Lovecraft, etc

Fue el segundo escritor cubano en recibir el Premio David, en 1980, con su novela **Espiral**, y en 1990 vio publicada **El año 200**, que vino a cerrar una interesante trilogía y que lo colocó por más de 5 semanas entre los escritores más leídos en el país.

LOS TEMAS

El tema de **Espiral** es el catastrofismo; su asunto trata la destrucción de la Tierra por una devastadora guerra nuclear y biológica vista a través del prisma del hombre que lucha por salvar al planeta, mientras se enfrenta a sus prejuicios, frustraciones, debilidades y contradicciones engendradas por las propias relaciones interpersonales.

La segunda novela, **Una leyenda del futuro**, intensificó la penetración a los profundos agujeros de la conciencia y los sentimientos. Otra vez los personajes en situaciones adversas y difíciles, otra vez a prueba los valores morales, ahora en un grupo de jóvenes que de regreso de un viaje de investigación y exploración, sufren un accidente.

Se impone a los sobrevivientes la casi imposible tarea de regresar a la Tierra, convencidos de las dimensiones humanistas de su entrega.

En un solo aspecto **Espiral** y **Una leyenda...** pierden la verosimilitud lograda por los recursos estilísticos: la datación en que el autor ubica ambas novelas, **Espiral** en la primera mitad del siglo XXIX y **Una leyenda...** en la tercera década del siglo XXI. En los dos casos resultan incompatibles con los pronósticos actuales para esa época del nivel tecnológico y el desarrollo de la conciencia representados. Esto lastra sensiblemente la veracidad artística, quizás evitable con otra datación.

El año 200 resultó la fusión de los climas violentos, la descarnada narrativa conseguida en **Espiral** y el adecuado manejo de la información y los personajes consolidados en **Una leyenda...** Es el enfrentamiento de dos civilizaciones enemigas por la irreconciliabilidad ideológica, los conceptos morales y cuestiones éticas se van a cuestionar con mayor intensidad, y se insiste en el instinto de conservación del hombre. Imbuido en la tensión de la trama, el lector se ve comprometido con una realidad futura, pero que cada vez se hace más presente; se descubre de pronto en situaciones similares a su propia vida, ahora desde la óptica del lector atrapado por los juicios de un autor-emisor sagaz para internarse en la psiquis del receptor e identificarla con los personajes.

EL ESTILO

De Rojas despeja en sus novelas el camino de toda descripción agotadora o narración superflua para hacer protagónicos al diálogo y el monólogo interno, cuyo dinamismo establece un estilo peculiar. En este caso, tales recursos no son utilizados solo para comunicar puntos de vista de los personajes, otorgarles movilidad y vida propia, sino que están dotados de otras funciones caracterizadoras y de dramatización.

- 1.- Son los principales comunicadores de las situaciones a través de la óptica del personaje.
- 2.- Llevan implícita la tensión de la trama; recogen los estados anímicos en coyunturas extremas y los transmiten en activa, expresividad.
- 3.- Son delineadores de psicoperfiles.
- 4.- Logran diferenciar el nivel intelectual y profesional de los personajes.
- 5.- Contribuyen a crear la visión cinematográfica de sus escenas o secuencias narrativas.

Recursos novedosos unos, tradicionales otros, aunque justificados por su estilo, recrean el contenido de las novelas. En **Espiral** es empleada la llamada dilatación temporal para presentar estados de máxima tensión; **Una leyenda...** nos presenta una retrospectiva que relata una historia precedente al acontecimiento descrito para recrear la mirada cognoscitiva del receptor; y **El año 200** muestra el recurso de la convergencia, utilizando indistintamente para conformar situaciones de estrés o narrar un hecho de forma más artística.

El año 200 es el más completo resultado de una narración y diálogo depurados, intenso empleo de verbos y cortas descripciones que interactúan de acuerdo con el ritmo imprimido a la secuencia:

La puerta se abrió.

En el umbral, el rostro encendido, la respiración agitada, estaba Aisha Dewar. Atropelladamente la muchacha dijo: —Perdona, Harry; no pude evitar la demora...

Haciéndose a un lado, le indicó que entrara diciéndole:

—No tiene importancia... Conozco lo absorbente que es tu trabajo.

El rubor de la muchacha se acentuó.

(El año 200)

Cuando se desarrollan vastos argumentos científicos dentro de este tipo de novela, puede entonces que la información mal manejada convierta al texto en un espécimen de laboratorio, ajeno al aspecto humanista.

En el caso de Agustín de Rojas, elementos científico-técnicos y acontecimientos y conflictos humanos son representados con igual intensidad para dar una visión más aguda del mundo de la fábula. Por ello, el suministro correcto de la información, sin llegar al detrimento de la calidad literaria, requiere de eficacia en la técnica narrativa.

Debido a su procedimiento compositivo, De Rojas establece un acceso que determina tipos de lectores:

- El lector común no acostumbrado a la lectura intensa y que generalmente no conoce el género.

- El lector tradicional, al tanto de lo último en la literatura.
- El lector de ciencia-ficción, especializado en este subgénero.

El autor introduce además a los lectores en función de la información que se desarrollará en el texto, valiéndose de las presuposiciones psicológicas sobre estos, el grado de verosimilitud científica y la elección del momento adecuado para que sus personajes actúen con ese objetivo. Este conjunto de aspectos proporcionó un excelente resultado en el caso de **Una leyenda del futuro** y **El año 200**.

En **Espiral** y **El año 200**, el cúmulo de información a manejar es también muy superior. Por sus características particulares, **Espiral** no encontró todavía la habilidad narrativa que exigía, y en ocasiones se afecta el ritmo interno y se cae en exposiciones didácticas. **El año 200** va a presentar, por su enorme caudal de información, esta dificultad en algunos capítulos, pero aquí la integración ciencia-literatura tiene mejores resultados que en la primera.

SOCIEDAD Y PSICOLOGIA. LOS PERSONAJES

En la representación del contexto social de sus novelas, ya sea mediante referencias (**Espiral** y **Una leyenda del futuro**), o como elemento inferido en la trama (**El año 200**), De Rojas parte de un principio que él mismo ha enunciado: "Los cambios en un futuro dado no se limitan al aspecto que nos interesa en particular. En la sociedad todo cambia; y hay que estudiar ese todo (desde modas, técnicas, hasta actitudes éticas y morales)".

El año 200 nos traslada a una sociedad de altísimo desarrollo científico-técnico donde el trabajo creador es una necesidad primordial. Una sociedad crecida en todos sus aspectos y cuyos integrantes se hallan ante la disyuntiva de la infinita necesidad del conocimiento y la imposibilidad objetiva del cerebro del hombre para asimilar los novedosos aspectos que brinda la naturaleza, y que va a desembocar en la transmutación de diversos grupos humanos. No obstante esta dificultad, la actitud ante el deber social, el desarrollo de la capacidad creativa del hombre mediante su aporte social, el respeto a la voluntad humana, nos llevan a la reflexión de que el presente reclama un esfuerzo superior para colocarnos en el camino que conduzca al desarrollo pleno del ser humano en la sociedad.

En **Espiral** y **Una leyenda...** los personajes son proyecciones de sociedades paradigmáticas, de altos valores humanos y eficaz integración colectiva. Solo desde la formación ética recibida se hace comprensible el espíritu de sacrificio y el altruismo de los personajes, cuando principios éticos, se enfrentan a los intereses egocentristas y triunfan.

Los recursos para influir en la conciencia del receptor en la creación de la situación, o en la construcción de un personaje, revelan el dominio técnico.

Tanto el empleo de las cualidades emotivas de algunos personajes para atrapar al lector en complicadas valoraciones, como el uso del factor físico para presentar a determinado grupo o personaje como un falso antagonista, y la inserción en **El año 200** de un cuestionamiento directo a través de siete tests psicológicos intercalados, reafirman el valor funcional de la psicología como elemento de constructividad. Por todo lo anterior, podemos considerar que en la escritura de estas tres novelas el aspecto psicológico corresponde a la cualidad artístico-literaria.

Interesado en situar personajes en situaciones extremas, De Rojas se concentra en lograr la complejidad de estas. El lector descubre a los personajes a medida que estos se encuentran a sí mismos. Dicha igualdad de planos, que anula cualquier ventaja del receptor o del personaje, enriquece la efectividad psicológica del proceso narrativo.

Es característica la presentación de personajes planos o tipos psicológicos que logran una evolución hacia personajes "de relieve", tras la presentación de los clímax individuales. Ejemplo: Noreen, en **Espiral**, nos muestra en la primera parte una sola arista, su jovialidad; y a partir de concientizar el resquebrajamiento de sus relaciones con Arne, su pareja (clímax), comienza a manifestarse como individuo.

El tratamiento de la psicología femenina ha superado el delineamiento de los personajes masculinos: Derek, el personaje principal de **Espiral**, a pesar de su complejidad interna, no supera a la intensidad humana, realista, de Gema, la protagonista de **Una leyenda...** ni de otros personajes secundarios en su misma novela, como es el caso de Noreen, Sheila o Esther; ni en **El año 200** la diversidad de matices de una Alice Welland, una Sybil Golden o la propia Maya.

El lector puede hacerse copartícipe de la historia desde el momento en que se identifica con uno o más personajes. Entonces está expuesto como en la vida misma a que aquellos que le parecieron integrales y dueños de la razón sufran una evolución negativa y se desvaloricen, o por el contrario, los que resultaban equivocados o negativos sean insospechados defensores de la verdad.

CONCLUSIONES

I

Espiral desencadenó una trilogía que continuó en **Una leyenda...** y culminó con **El año 200**. En ellas hay elementos temáticos que se vinculan sutilmente, dando en una obra posibles desenlaces a la anterior. De esta forma, el mensaje de la trilogía comprende el de cada novela en sí, y una conclusión global de los problemas presentados en cada una.

Muestra de estas relaciones internas fueron dos paradigmas enunciados en **Espiral**, intensamente significados en las novelas que le siguieron:

- 1.- El bien y el mal no son conceptos infantiles, no siempre son fáciles de reconocer; y
- 2.- La ciencia no es ni buena ni mala; la ética no puede aplicársele sino a quienes la utilizan.

No obstante, cada novela encierra en si un futuro diferente, y sus características son por consiguiente distintas: **Espiral**, una novela de acción (épica); **Una leyenda...**, de personajes (dramática); y **El año 200**, de ambientes y situaciones.

II

Desde el punto de vista compositivo, las novelas de Agustín de Rojas se caracterizan por:

- La ubicación en un mismo plano del aspecto humanista y los elementos científicos.
- Constituir un coherente universo fabular partiendo de relatar desde la perspectiva del subgénero las relaciones de nuestra propia sociedad; lo inusual y sorprendente en lo que estamos habituados a ver cada día.
- El trabajo con tramas paralelas y varios planos de lectura, en juego con la apariencia y la realidad, que deviene en una compleja construcción.
- Una narrativización donde el diálogo y el monólogo adquieren función protagónico-compositiva.
 - La configuración de situaciones extremas, con los personajes, que destacan el significado de los valores éticos.
- No expone apelativamente valores y teorías, sino que logra correlacionarlos para configurar la psicológica de los personajes a través de sus relaciones intratextuales.

III

Marx Eastman negaba que el "espíritu literario" pudiera tener una pretensión de descubrir la verdad en una era científica. En más de una ocasión la literatura ha demostrado lo contrario. Cuando el primer hombre voló al cosmos, visitó la luna, descendió a las profundidades oceánicas, la obra de Julio Verne dejó de ser pura especulación futurista.

Espiral, **Una leyenda del futuro** y **El año 200** no solo comprenden un importante valor social y específicamente literario, desde una óptica marxista, sino que las bases científicas que sustentan sus hipótesis las hacen factibles.

Quien vaya a leer estas novelas intentando evadir la realidad chocará con la realidad misma provocadora y cuestionada; demostrando que todo tipo de literatura, incluso la de ciencia-ficción, es el resultado del medio y del tiempo en que se escribe; de las condiciones del escritor, del marco social donde este se desarrolla, y las interrelaciones de la propia literatura, convocadas en la realidad del texto.

NOTAS

1. Ver R. F. Hernández Capote, *"De la eticidad y de otras noticias en las novelas de Agustín de Rojas"*, *Letras Cubanas* (6), Ciudad de La Habana, octubre-diciembre 1987.

2. Ver M. Cámara, *"Diálogo con un extraterrestre"*, en *Diálogos al pie de la letra*, Ed. Letras Cubanas, Ciudad de La Habana 1988.

FALLECIÓ AGUSTÍN DE ROJAS, EL MÁS IMPORTANTE NOVELISTA CUBANO DE CIENCIA FICCIÓN.



Por [Anabel Enríquez](#)

Temprano en la mañana recibí un mail del escritor Carlos Duarte con una noticia desconcertante: Agustín de Rojas ha muerto. Por segundos me quedé sin emociones, entumecida...Releí varias veces el texto para saber si había comprendido el mensaje. Saqué cuentas, Agustín tenía solo 62 años, cumplidos en junio de este año, y los que crecimos leyendo sus novelas esperábamos aún su retorno al género en algún momento.

Recuerdo haber experimentado sensaciones de pérdida frente a noticias similares...cuando falleció Nicolás Guillén, Freddy Mercury o Isaac Asimov. Había sido como si de repente una lámpara se apagara y al mundo se añadiera una sombra indeleble más, un silencio donde había existido un inigualable acorde, un cráter donde antes había un caudaloso río. Pero Agustín de Rojas no era de esos artistas que admiraba y seguía, a través de sus libros, de la prensa, o compartiendo algún espacio desde el público en un evento literario.

Agustín fue el primer escritor de ciencia ficción que leí en mi vida y quien me enamoró, a primera vista y definitivamente, del género. Agustín fue el primer escritor con quien conversé sobre mi interés por la literatura y quien tomó en serio mis palabras. Con quien debatía, en nuestra natal Santa Clara, en su refugio de un tercer piso en el Reparto Virginia, sobre los libros de autores anglosajones que me prestaba de su propia biblioteca, gracias a lo cual adquirí una cierta cultura de lo fantástico, y también mi vocación profesional por la psicología. No habría sido mi vida como es sin su enorme generosidad, sus dotes de educador y su infinito humanismo. Su obra fue el tema del primer ensayo que escribí en mi vida y mi primera publicación. Porque para mí y para la parte de mi generación comprometida con la literatura fantástica cubana, Agustín era la inspiración, la escuela, la fe en el futuro.

La vida nos lleva por derroteros imprevisibles y al mudarme a la capital la comunicación entre Agustín y yo fue mucho más esporádica. Pero siempre prevaleció el afecto mutuo, los buenos y sabios consejos de su parte, y la infinita admiración que provocó en mí desde los once años. Tampoco los años extraviaron ese hábito de consultar **Una leyenda del futuro** como si fuera un oráculo, en un juego místico entre mis amigos que además de diversión siempre nos provocaba sorpresas.

Por eso, cuando leí el mail, no fue como si una lámpara se apagara, como un nuevo punto de silencio en el mundo, o como contemplar el lecho de un río seco. Fue como si Titán tapara el Sol en un inadmisibile eclipse. "Siempre hay un viaje del que no se regresa"... Pero como para Isanusi, su historia no morirá con él, y seguirá formando, desde su obra inmensa propagada a través del Espacio y el Tiempo, a muchos, muchísimos grupos de escritores y lectores...Y nunca, aunque se convierta en Leyenda, perderá su significado para nosotros.

12 de septiembre de 2011

EL AÑO 200 DE AGUSTÍN DE ROJAS

Por Kevin Fernández

Concluyo la interesante novela de Agustín de Rojas (Editorial Letras Cubanas 1990) con un deseo de dialogar con el texto, arrastrado desde las páginas centrales. Buen síntoma, pues un libro tiene ganada ya la batalla de las ideas cuando logra poner a reflexionar a quien lo lee. Con la anterior afirmación hago implícita otra: la originalidad, aunque sólo dé nueva forma a la materia prima de los mismos planteamientos del contexto filosófico, no digamos ya planteamientos novedosos, trabaja como un despertador luego de una noche de silencio. El receptor de las ideas expuestas con arte rebate furioso, o asiente iluminado, pero no tiende a quedar impasible; eso logra este trabajo literario. Un hecho es indiscutible: la lectura de esta narración no será un hecho estéril en ningún sentido, he aquí la demostración:

El Año 200 es una historia del futuro, de ciencia-ficción, subgénero literario que, más que el fragor de un armamento o el aparato de impensados avances, aboga, en su rama socialista, por describir utopías, narrar encuentros amistosos y presentar la sociedad capitalista como un cuerpo podrido en adviento de su muerte. La acción ocurre precisamente dos siglos luego de esa supuesta extinción, en una sociedad futura de tipo comunista, cuando un grupo de personas pertenecientes a ese pasado hacen un retorno desde las entrañas de máquinas ocultas, y la lucha contra ese intento de devolver la especie a su primitiva condición, en una trama donde el aspecto psicológico, y ¿por qué no? social, se impone a las pequeñas y efectivas dosis de suspense y espionaje, e incluso a la filosofía, verdadera piedra angular de muchos de los exponentes del género desde Ray Bradbury.

La ubicación en el tiempo y el espacio de las redacciones de este género determinan fuertemente el contenido, mientras la información sobre el autor define principalmente el estilo, y si no, téngase como ejemplo las novelas de Julio Verne, escritas durante la expansión colonialista de la Europa del siglo XIX; **La guerra de los Mundos**, de H.G. Wells, de época de conquistas de África y Asia; **Venus + X**, de Theodore Sturgeon, escrita en la década de los Hippies; **Crónicas Marcianas**, de Ray Bradbury, en los primeros años luego del lanzamiento de la bomba atómica o el mismo **1984**, en tiempo de estalinismo, donde se era tan culpable por los pensamientos como por las acciones. El autor que nos ocupa escribe en los años 80, más concretamente el quinquenio 1982-1987. El lugar, Santa Clara, en Cuba, país socialista cercano al más poderoso de los capitalistas; el hombre, una persona algo madura, entre 40 y 50 años de edad, con dos libros anteriores publicados, uno de ellos premiado con el David, ha alcanzado su madurez estilística; los hechos históricos del momento, de reformas y tanteos relacionados con la Perestroika soviética han dejado atrás aquella literatura donde el conflicto solo tomaba cuerpo en la supervivencia de la idea burguesa en el presente socialista, eliminada al final, o en los conflictos existentes en la sociedad de clases antagónicas vista desde la distancia (Estados Unidos es casi una omnipresencia), para agregar a estos un nuevo conflicto, si acaso más empalmeado, pero patente en la literatura más arriesgada, de situaciones polémicas en el mismo seno socialista del socialismo.

Pasadas las primeras páginas, nuestra primera impresión formal es estar ante un texto de fácil lectura, y cuando digo fácil no aludo al plano del significado. La estructura está distribuida en capítulos con nombre y número romano, y subcapítulos en numeración arábiga de tal forma que es muy difícil leer diez páginas seguidas sin encontrar un epígrafe donde pueda el lector descansar algunos momentos y seguir adelante. Cada cierto número de capítulos aparecerá el fragmento de un test mental, aportación del escritor al género, si mi poca cultura no me engaña, para lograr una mayor interacción receptor– mensaje. Estos aciertos alivian el cansancio y hacen imperceptible el tamaño algo extenso de la obra. También es una ayuda el estilo sin mucho enrevesamiento, párrafos y períodos nunca demasiado extensos, ni sintaxis de enredos barrocos enumerativos, ni despliegue demostrativo de grandes conocimientos científicos. El epígrafe inicial, donde se describe la particularidad del contador de plomo radiactivo usado en las hidras es tal vez uno de los únicos datos puramente científicos de la novela. No esperemos tampoco hallar tecnicismos tributarios de un Pequeño Larousse de Ciencias y Técnicas. El escritor, felizmente para ese gran público que contempla con horror el lomo de un tratado de Halliday, no ha renunciado al camino de ofrecer asequibilidad.

Lo anteriormente indicado no implica ausencia de sugerentes recursos técnicos del narrador contemporáneo. En el despertar de Alice Welland tenemos un caso palpable de retrospectiva fragmentaria. Cuando Houdry encuentra vacía la casa donde está una agente que debe eliminar, el texto se parte en varias direcciones por un momento, como un crucigrama. La forma de pensar de Maya es diferente a la normal, y existen por todo el texto varios monólogos interiores breves, aunque sin seguir la técnica Joyciana. Y estos solo son algunos ejemplos en la memoria tras muchas páginas leídas.

Pero cuando vamos a la significación obtenemos las conclusiones más jugosas. La curva de atención del lector fluctúa ostensiblemente y puede dividir la novela en tres partes fundamentales. La primera, desde el despertar de las hidras hasta la conclusión de los sucesos en el Buró de Estudios Sicosociológicos desatados a raíz de la persecución de Alice Welland. Atención ascendente, donde contemplamos el surgimiento y desarrollo de los resucitados, los valoramos a través de sus sentimientos y actitudes y conseguimos sentir ansiedad durante la huida final. La segunda parte, quizás la más filosófica de todas, narra los debates en las altas esferas de la sociedad de los nomos y nos revela las concepciones éticas a través de diversas opiniones y hechos. Respecto al primer clímax de la primera parte la atención tiende a decaer un poco en ciertos debates a veces algo bizantinos, pero necesarios por el paisaje de la sociedad futura que se dibuja, cosa a la que pocos autores socialistas se han atrevido. La tercera sección comienza en el momento de la partida de Alice y Maya, la cibo, a luchar contra los resucitados de la hidra, hasta el final de la novela. Es el momento de mayor acción, pero no nos confundamos imaginando tiroteos de armas futuristas, sino a una especie de Yoda que va destruyendo al enemigo con sus propias armas y trampas, sin mover apenas un dedo. El final, con un súbito personaje que parece salir a última hora como una pegatina, y un uso un tanto cursi del aforismo “el amor todo lo puede” no consiguen echar por tierra el impresionante talento desplegado en la confección de este clásico de la ciencia-ficción cubana.

El Año 200 no es una novela de atmósferas, no corre ese riesgo de perderse en los detalles de describir una tecnología imaginada o presentida. Las descripciones no ahondan en detalles acerca del ambiente, y, como en uno de los preceptos de Horacio Quiroga, los personajes no ven cosas innecesarias.

En cuanto al sistema de personajes, para definirlo es necesario invocar la filosofía de la sogá amarrada sobre el abismo entre bestia y superhombre, por donde la humanidad avanza o retrocede. Todos los resucitados de la hidra, excepto Alice Welland, son personajes-bestia. Aunque portan ideas convincentes en algunos aspectos, sus acciones los tiñen de un solo color: asesinos, torturadores, manipuladores, paranoides, violentos por naturaleza, no bien son unos pocos y ya planean destruirse. Desde el inicio vamos predispuestos y Agustín de Rojas no disimula su intención, preguntando en la primera parte del test pregunta: “¿Considera la muerte de Bennie y Donna como una crueldad?” y realmente logra hacer sentir así. Son tratados como seres inferiores: para los nomos no son siquiera personas, lo cual recuerda un pensamiento marxista: La humanidad saldrá de la prehistoria y entrará en la historia cuando desaparezcan las diferencias de clase, parafraseando. Este manejo es más que aceptable, aunque hubiese hecho dudar un poco más al lector un resucitado con ideales imperiales y ciertas virtudes morales. En el medio, están los nomos, interesantes dueños de la sociedad actual. Los nomos no son perfectos, y en ciertos casos, algunas de sus concepciones los ponen muy cerca de los personajes-bestia. Clyde, el mismo sicosociólogo al enamorarse de Alice, siente asco ante el condicionamiento –manipulación psicológica– hecho en la mente de esta por Stephen Houdry para obligarla a amarlo, pero sin embargo, siente la satisfacción del deber cumplido al convencer a un matrimonio de que su unión de ocho años es aberrada para el desarrollo emocional de su única hija y los reacondiciona –en un lugar de la novela se deja caer que condicionamiento y reacondicionamiento, o reajuste, son las caras de una misma moneda– para borrar el amor conyugal de sus mentes. En realidad, la sociedad de los nomos sufre un condicionamiento completo. En un fragmento del test el autor plantea: “Suponga que usted es un miembro de la sociedad descrita en la novela. Suponga que el trabajo CREADOR, socialmente útil, es una necesidad para usted. Suponga que usted no es capaz de aportar algo nuevo, valioso, a la sociedad y está consciente de ello. Marque con una x la elección que haría: a) Convertirse en místico (en la parte final del test se sugiere esto como un acto de cobardía) b) Convertirse en privo (estos viven en una comunidad primitiva perenne, subhombres a los cuales se ha de cuidar para que no destruyan su entorno natural) c) Convertirse en cibo (seres con la mente transformada según esquemas cibernéticos, ganancia de habilidades de cálculo o control mental a cambio de una personalidad más fría) d) Renunciaría (suicidio). La sociedad del futuro funciona como el mito de la expulsión del paraíso al revés, si no puedes comer la manzana debes irte o morir. Nadie te matará, que va, nadie mata a nadie, tú mismo estarás programado para autodestruirte si no eres eminente ni quieres convertirte en un desplazado. El nomo es implacable hasta consigo mismo, mucho más con los demás: Los imperiales no son personas; los místicos están aislados hasta cierto punto; los privos, casi animales; los cibos, primero marginados, luego resultan ser los superhombres debido a ciertos descubrimientos al parecer inalcanzables a las posibilidades normales de un humano. El nomo, al descubrir esto, tiene en la mano dos opciones: ser un cibo, o superhombre, o suicidarse. El fracaso es síntoma de inferioridad, no está en los cálculos. Quizás el ente en salir sorpresivamente al final como individuo siniestro que había sobrevivido en cuerpos ajenos desde la caída del imperio como el verdadero archienemigo sea el chivo expiatorio de estas ideas que mi mente conecta con un –ismo político desagradable, pero me parece improbable.

Los personajes más logrados por sus tonalidades son “quienes no saben como vivir en la cuerda de la evolución, siempre caminando, siempre en posición ambigua: Alice Welland y Gwyneth (quien era Maya). Personajes enamorados, inclasificables. Son de un paralelismo increíble: una rechazada en lo mental, otra rechazada en el pasado por lo físico; ambas viven en la añoranza de ser amadas; ambas vienen a convertirse en la fuerza motriz del argumento en partes diferentes del texto: “la piedra desechada por los arquitectos es ahora la piedra angular.”

El Año 200 es una obra polémica. Su forma está bien lograda por lo transparente, por su función de vehículo y no de muro. Sus ideas no serán exactamente las nuestras, y eso es buena señal pues el autor está expresando esa electricidad en las neuronas propias y no recitando catecismos ideológicos. Quien tome este libro y abra en la primera página, seguramente llegará a la última, le dará la fuerte impresión de no estar leyendo lo mismo de siempre, pensará y disfrutará a partes iguales.

AGUSTÍN DE ROJAS: EL HONOR DE LA CIENCIA FICCIÓN CUBANA

Por Denis Álvarez Betancourt

En los años ochenta comencé a conocer que en Cuba, además de los policíacos tan divulgados por la puntual colección Dragón, existían escritores de ciencia ficción. Devorador de los futurismos comunistas de la antigua Unión Soviética y de la repetición constante del holocausto inevitable de la humanidad a que las bombas del imperialismo nos condenarían, sin menoscabar a verdaderos poemas humanos al estilo Efremov, pude apreciar claramente las dos tendencias que se manifestaban, una de lirismos fantásticos ubicados en mundos distantes o en dimensiones paralelas y otra con evidentes deudas al bombardeo soviético. Eran tendencias lógicas por la situación reinante en esos años de aparente bonanza económica y, en consecuencia, editorial.

Al margen de historiografías sobre fundaciones, influencias o tendencias más o menos asociados al mundo de la CF y tras la triste noticia de su fallecimiento quiero comentar la obra que más conocí de Agustín de Rojas, su **El año 200**. La quiero comentar no como el canto magistral y perfecto, quizás no sea la cumbre de sus escritos, pero sí como una obra valiente capaz de romper muy sutilmente con el esquema tendencioso de una futura sociedad perfecta a la que se le daba la capacidad absoluta de satisfacer las necesidades de la humanidad.

La inteligencia de censores nunca se debe subestimar y en **El año 200** Agustín no la subestimó en lo más mínimo, muy al contrario, la manipuló bajo un manto aparente de lucha entre un capitalismo de aquel momento y un comunismo por construir donde este último saldría triunfante de manera absoluta. Insisto en el aparente ya que subyace la seguridad de que el malo es siempre malo, pero el bueno no es tan perfecto como se piensa y la razón principal de conflicto de una sociedad sin problemas materiales estará precisamente en el enfrentamiento de las individualidades. Premonición inadvertida para los que poco después sufrieron el mazazo de la caída de lo que posteriormente se llamó socialismo real.

Nada, que Agustín, al margen de análisis de si su obra **El año 200** es una más de las que copiaron la CF soviética, supo enviar el mensaje más inteligente de aquellos años desde una plataforma, si se quiere, poco considerada aún en plena edad de oro de la CF cubana. Inteligencia que no es evidenciar lo que todo el mundo conoce sino sugerir desde lo que se da como evidente para todo el mundo.

Por otra parte es una obra excelentemente escrita capaz de revelarnos la trama como si estuviéramos viendo una película de esas que requerirían una superproducción de Hollywood y que impacta sobre todo, al margen de su fondo sociopolítico, por los engarces perfectos de cada una de sus partes y la lógica consecuente de cada uno de los personajes y sus acciones. Ojalá algún día alguien pueda reproducir la batalla de avispas e inyectar nemoproteínas en un cerebro ajeno de la forma que él lo escribió.

Pasados más de 20 años, pude conocerlo personalmente, una figura noble y detrás de sus espejuelos tenía una mirada feliz. Vino con Yoss a una de nuestras sesiones del taller **Espacio Abierto**, algo más que agradeceremos a nuestro singular compañero. Nos hizo el alto honor de tomarse una foto con los presentes ese día y una especial con mi hermana y conmigo.

El honor se salva cuando se enfrenta al dragón con solo una espada dentro de su cubil. Si le entramos a cañonazos a la cueva le ganamos igual pero ya no tan honorablemente, menos aún si solo contamos que en la cueva hubo alguna vez un dragón. Por enfrentar al dragón en su cueva con la simple espada de la palabra, creo que Agustín es el máximo honor de la CF cubana en su era dorada. Sirva este análisis como homenaje a su obra.

A LA MUERTE DE AGUSTIN DE ROJAS

Gina Picart

Aunque Daína Chaviano me había recomendado en el taller Oscar Hurtado leer la novela **Espiral**, de Agustín de Rojas, yo no conocí personalmente al escritor hasta 2003, durante un encuentro de escritores en Matanzas. Al llegar nos alojaron en el hotel Guanímar. Desde el primer momento me llamó la atención aquella figura manierista que parecía pintada por el Greco y era tan semejante a la de Harold Gramatges, anatomía leptosómica y nerviosa donde tan a menudo se encierran espiritualidades intensas y sublimes, siempre marcadas de algún modo por la intuición de la Belleza. Pero si Harold tenía un porte casi angélico de tan iluminado, Agustín, en cambio, recordaba a un quijotesco hidalgo español, porque se percibía en él cierto matiz muy parecido a un orgullo de casta del que seguramente no era consciente, pero resultaba comprensible, pues los Rojas son una de las más antiguas familias de abolengo de la Isla de Cuba, habiendo desempeñado siempre roles de jefatura muy señalados.

No fue hasta la noche, en la velada de recibimiento que nos ofreció la UNEAC, cuando pude acercarme a él y abordarlo, pues estaba todo el tiempo rodeado de personas que intentaban acapararlo. Recuerdo que había una fuente, y en derredor unas jóvenes danzarinas ondulaban sus cuerpos llenos de gracia al compás de la música, pero Agustín estaba en otra cosa: intentaba organizar una mesa de dominó para cuando volviéramos al hotel. Conversamos de su novela y de ciencia ficción, pero a las pocas frases desplazé el tema hacia la magia y el esoterismo, y anoté como dato curioso que en aquel momento, mientras yo le disparaba a bocajarro a un Agustín gentil, pero poco interesado, mis criterios sobre la reencarnación, él me miraba con una mínima sombra de risa bien disimulada en el fondo de sus ojos por su exquisita educación aristocrática. Debí parecerle estafalaria. Al término de la noche la mesa de dominó fue colocada en la plazoleta del Guanímar, y Agustín jugó feliz hasta la madrugada en compañía de José David Curbelo y de una Susana Haug por entonces adolescente. No recuerdo quién fue la cuarta pata.

Años después visité Villa Clara por vez primera y participé en un panel de conferencias. Agustín se encontraba entre el público, respetuoso y atento. Me habían dicho que padecía alguna clase de trastorno mental, desde hacía tiempo se hablaba de eso entre los escritores, pero pasamos juntos bastante rato en un parque y luego en una cafetería, y nuestra conversación resultó interesante y fluida, la brillante inteligencia de Agustín permanecía intacta. Recuerdo que hablamos mucho en torno a **El publicano**, su última novela, que yo había leído tres veces y considero espléndida. Estaba muy delgado y algo demacrado, pero sus ojos seguían siendo vivaces y traviosos. Al día siguiente lo vi encogerse como un niño bajo un regaño de otro escritor, Lorenzo Lunar, motivado por una intervención peliaguda de Agustín durante una de las conferencias. Agustín, a pesar de su edad, no aprendió jamás las oblicuidades ajedrecísticas que ayudan a sortear la vida cotidiana y hasta a medrar con suerte en sus aguas turbias; era inocente como un niño, y de una franqueza y sinceridad capaces de trastornar a quienes le rodeaban. Pecados caballerescos imperdonables si quienes evalúan poseen el ojo fétido del que con tanto dolor habló Martí. Entre las cosas sobre las que conversamos le comenté que me había enamorado de la ciudad y estaba pensando hacer una permuta. Agustín me miró unos instantes, sacudió despacio la cabeza con aire de sabiduría y advirtió lapidario: "Es muy bella, pero no te entierres aquí o te convertirás en una muerta viva".

En mi última visita a Villa Clara lo encontré aún más enflaquecido, muy pálido y muy inquieto. Se movía hacia todas partes, andando sobre sus largas piernas y agitando los brazos en ademanes nerviosos. Nos sentamos en un parque e intentamos hablar, pero resultó muy difícil, porque Agustín parecía obsesionado por la existencia de cierta mujer con poderes oscuros que amenazaba su seguridad. Quise que me dijera el nombre, porque —en caso de ser cierto— yo estaba dispuesta a enfrentarme a ella para defenderlo, pero él jamás lo pronunció, y solo insistía en que lo único seguro para escapar de sus maldades era mantenerse muy alejado de esa "bruja", como la llamó. Traté de convencerlo de que la única prueba que debíamos aceptar de quien dijera poseer semejantes poderes era ver que esa persona tuviera una vida feliz y nadara en la abundancia, porque de lo contrario estaríamos en presencia de un charlatán. Paradójicamente, en ese, nuestro último encuentro, fui yo quien ya no deseaba hablar de magia ni de esoterismo, y no porque esos temas me causaran risa, sino porque en una de esas vueltas impredecibles que da la vida me habían provocado desgarros muy profundos, y para protegerme de una recaída me había vuelto absolutamente racional. Como a pesar de mis peticiones para cambiar de tema no lograba contener su discurso, terminé esquivándolo y me alejé de nuestro banco bajo los árboles dejándolo allí solo, un poco desconcertado por mi comportamiento en nada parecido a mis modales habitualmente corteses y suaves. Sé que lo herí, y hoy, al recibir la noticia de su muerte, la vergüenza y el arrepentimiento que siento desde aquel día me han mordido una vez más como una boca de fuego en pleno pecho. Mi hija me dijo aquella tarde: "Mamá, no debiste dejar a Agustín de esa manera, mira que se le ve muy

malito...". Sí, nunca podemos saber cuál será nuestra última oportunidad de decir a quienes amamos cuánto los hemos querido y respetado, y lo importante que ha sido para nosotros que existieran y los hayamos conocido.

Entonces, Agustín, te estoy diciendo ahora que te quise y te respeté mucho, aún cuando ya otros habían dejado de hacerlo. Que junto con Hurtado y Collazo, te considero entre los grandes precursores y maestros de la ciencia ficción cubana, y que tu novela **El publicano**, por la sensibilidad con que está escrita, su visión profundamente original de la figura de Cristo y la fuerza de su estilo, se inscribe entre las mejores novelas históricas creadas en el Caribe, y otra vez alzo mi voz para acusar a la crítica de sordera y ceguera en lo que a esa novela se refiere; a la pedante, injusta y necia crítica que tampoco supo nunca comprender ni valorar **Onoloria**, y que insiste en mirar con desprecio todo texto que le parezca reo de ciencia ficción y fantasía, aunque ni siquiera lo sea en realidad.

Siempre fuiste para todos nosotros un ejemplo de ética y una fuente viva de inspiración, y para muchos lo seguiste siendo aún cuando te abandonó la razón, o tal vez sería mejor decir: cuando te instalaste en alguna de esas dimensiones extrañas de las cuales está expulsada la gente cuerda. Flaco, demacrado, pálido, desgredado, la mirada perdida y la andadura sin paz por las calles de tu ciudad natal, fuiste nuestro numen tutelar, enseñándonos siempre la virtud de no hablar mal de los colegas, la modestia de no envanecerte aunque sabías que eras uno de los grandes, la dulzura del maestro que alza la antorcha para que otros prosigan el camino, la extraordinaria importancia de la cultura para un artista.

La muerte, Agustín, nunca es leve, pero para quien vive asustado puede ser un alivio tremendo. Como ha dicho Duarte, siempre fuiste demasiado bueno para este mundo en donde reina la chusma bandida que tanto hería tu espíritu luminoso. Espero en Dios, en el Dios en que los dos hemos creído, que tu alma tenga paz, amigo. Y perdóname si puedes, Agustín, aquella última vez en que no pude ser digna de ti.

AÑO 200 ENTRE LA UTOPIÍA Y LA QUIMERA

Javiher Gutiérrez Forte



EL PERÍODO ESPIRAL

La primera obra de Agustín de Rojas que tuve la suerte de leer llegó a mis manos en pleno período especial, época en la que mi necesidad de leer se había acrecentado, quizás como sustituto de otras necesidades imposibles de satisfacer en esos momentos. Los libros eran aun baratos y no había mucho en que usar mi magro salario que tanto trabajo costaba ganar. **Espiral** inició mi profunda afición a la escasa, y limitadamente editada, obra de Agustín de Rojas, quien, como su tocayo de Hipona luchaba por encontrar la verdad de su época. Agustín, el Villarejo, lo intentaría explorando el futuro.

Posteriormente adquirí y leí, todo el mismo día, **Una Leyenda del Futuro** y más tarde en 1991, **El Año 2000**. De esta última novela, de horrible carátula pero apasionante contenido, estaremos hablando a lo largo de este escrito.

Detengámonos en las fechas de edición y mi posterior lectura pues mucho había cambiado el mundo entre fines de la década del 80 e inicios del 90 cuando fue publicado **El año 200**. Tantas transformaciones hicieron afirmar a Fukuyama que la Historia había terminado y a otros que se habían acabado las ideologías. Todo un gran maremoto que transformó y eliminó el punto de partida de la utopía descrita por Agustín de Rojas en este libro. El sistema socialista desapareció, pero no en un espantoso holocausto bélico con daños más o menos definitivos para la vida en la Tierra, tal y como se describiera en **Espiral** o en **El año 200**. Desapareció en medio de aclamaciones populares, casi sin ninguna violencia física, bajo los golpes de los errores acumulados por años. Los sistemas políticos en los cuales se afirmaba que gobernaba el pueblo, fueron destruidos por este, o al menos no fueron defendidos. El muro de Berlín no fue derrumbado por las fuerzas del capitalismo en 1989, sino por millares de personas para las que simbolizaba una limitación a su libertad, no una protección a sus vidas.

En 1990 se reunificó Alemania y dejaron de existir la RDA y el “Campo Socialista”. Ya no estaban los “países amigos”. Un año después desaparecía la URSS, “la hermana mayor”, “el faro y guía del proletariado mundial”. En realidad muy mal momento para publicar un libro que describía un futuro en el que este sistema socialista había triunfado contra las “oscuras fuerzas del mal”. Más que una utopía posible resultaba entonces una quimera irrealizable.

SISTEMAS DE GOBIERNO Y POLÍTICA

La ciencia ficción se ha ocupado, a veces de pasada, y otras de manera profunda, de las relaciones políticas entre los seres humanos. Sus autores han fantaseado con las cruelísimas realidades de la dominación, y de la organización social. En las páginas de incontables libros se recrean diversas versiones de sistemas de estado y gobierno que podrían ser el futuro político de nuestra patética humanidad. En **El Año 200** las formas de gobierno y las relaciones políticas son los verdaderos personajes centrales. En esta novela Agustín de Rojas describe detalladamente el funcionamiento de la sociedad en la que transcurre su historia, quién la dirige y cómo. Y es sobre la política y las formas de gobierno reflejados en esta obra del recientemente fallecido escritor, que trataremos en estas páginas.

La historia de **El Año 200** transcurre en un mundo futuro similar al de las novelas anteriores de ciencia ficción escritas por Agustín de Rojas: **Espiral** y **Una Leyenda del Futuro**. Sin embargo, a diferencia de las dos mencionadas, en **El año 200** cambian algunos datos relevantes, como por ejemplo: los niveles de afectación causados por la guerra. La Tierra, después de una devastadora conflagración provocada por las decadentes sociedades imperialistas, logra ser restaurada por la Federación Comunista.

Precisamente, la trama de la novela acontece unos doscientos años después de iniciada la restauración de la humanidad, transformada ya, en una sociedad comunista planetaria. Este paraíso es agredido por los últimos líderes del destruido imperio.

Se nos describe un mundo con valores muy rígidos: colectividad, humanismo, trabajo como sentido de la vida y el servicio a la comunidad como fin supremo de la existencia. Una sociedad llena de tabúes e intolerante con lo diferente. Una muestra de esto es el tema de las relaciones de pareja, pues las personas que se salen de la norma son confinadas y se llega hasta a prohibirles su reproducción. Tanta exigencia y rigidez lleva a que muchos de sus habitantes opten por el suicidio al sentirse incapaces de cumplir a la perfección su deber con la sociedad.

En la novela se nos muestra una sociedad dividida en varios grupos:

Los Cibos, surgidos 50 años antes del inicio de esta narración, son personas con implantes en el cerebro de esquemas y mecanismos cibernéticos que potencian el funcionamiento cognitivo. Son doce mil seres que tienen prohibido reproducirse y viven confinados en una isla. Los Cibos son vigilados estrechamente por el Instituto de Estudios Sociológicos al ser percibidos como una amenaza por el resto de la humanidad. Sin embargo, son los propios Cibos los que diseñan las computadoras, y más importante aún, las partes del Sistema Integrado Cibernético.

Los Privos son cinco millones de personas que decidieron retornar al mundo primitivo y vivir más cerca de la naturaleza, huyendo de la exigente, competitiva y demasiado agobiante sociedad moderna. Viven aislados, subsistiendo de lo que les da la naturaleza con un mínimo de tecnología, y también son vigilados por el Instituto de Estudios Sociológicos.

Los Grupos: Personas que fueron obligados a vivir fuera de La Tierra aunque al inicio laboraron en el planeta participando activamente en la reconstrucción. Fue el primer tipo creado fuera de los "normos" Eran seleccionados desde niños y recibieron una educación particularizada. Cuentan con una dirección propia: la Dirección Solar, mediante la cual negocian con el Consejo Supremo de La Tierra. Evolucionan hacia los mentagrupos (tópico compartido con *Espiral*). A estos telépatas se les reconoció su autonomía en el año veintitrés de la Era de La Humanidad y se les aplicó una especie de apartheid al ser enviados a colonizar un lejano planeta fuera del sistema solar.

Los normos: El resto de la humanidad, la media, el ciudadano común que comparte características y gustos similares.

La dirección del planeta es responsabilidad de tres organizaciones:

El Instituto de Estudios Sociológicos, una especie de policía, formada íntegramente por "normos". Su función es velar por el cumplimiento de las "normas sociales". Además estudian los problemas de la Sociedad, pero no queda claro quién y cómo los resuelven. Esta institución se encuentra formada por direcciones regionales con su burocracia (ni en el futuro nos salvamos de los infames burócratas). La misma cuenta con una poderosa arma represiva: los reajustes emocionales. Simple subterfugio para nombrar a esta amnesia selectiva que extirpa todos los pensamientos indeseados.

El Sistema Integrado Cibernético: Conocido como Archivo Central. Se ocupa de distribuir los recursos materiales y energéticos, de determinar los trabajos necesarios para la sociedad, teniendo en cuenta el número de beneficiados, el impacto ambiental y las exigencias materiales. Está compuesto por todos los "cibercerebros modernos" conectados a la red. Este Archivo Central funciona como un gobierno unicameral, ejecutivo-legislativo-judicial. Sus decisiones pueden ser apeladas, pero algo así nunca ha ocurrido.

El otro organismo rector, es el Concejo Supremo, compuesto por siete miembros: uno por cada una de las zonas en que se divide el planeta. Tiene carácter corporativo, pues además de representar a una región, se trata que cada individuo represente a un oficio o creencia mayoritaria. Este cuerpo supremo está compuesto únicamente por "normos", sus miembros son elegidos por el Sistema Integrado Cibernético (SIC) y si alguien se opone, el SIC propone a otro. Nuestro autor aclara que esto nunca ha ocurrido. La principal función del Concejo es juzgar los cuestionamientos a las decisiones del SIC —lo cual tampoco ha ocurrido nunca—. Sus decisiones son inapelables.

Al leer la obra surge la duda: ¿quién ejerce el verdadero poder?

En la respuesta seré un tanto ortodoxo: El poder supremo está en manos del que distribuya los bienes materiales, el que autorice los trabajos a realizarse. Y este es el Sistema Integrado Cibernético, quien además elige a los miembros del Concejo Supremo que son los encargados de fiscalizarlo. Concejo que, además, se aclara que se reúne muy poco. El propio desarrollo de la novela deja claro esta situación. Veamos este pasaje:

"Las máquinas parecieron tomar una decisión. El saltador se alejó a largos trancos, atravesándose en el camino del hombre..."³

Esta es una de las pistas que se nos brinda de que el Sistema Integrado Cibernético está en el ajo desde el inicio. Situación que queda sobradamente clara en el final de la obra cuando el Sistema Cibernético Integrado afirma:

"Soy Archivo Central, y yo he intervenido en este problema... Yo mismo comprobé todas las variables posibles, y esta era la óptima"⁴

A esto debe sumarse una especie de poder paralelo muy fuerte, que funciona al margen, subrepticamente. Un virus que encierra la personalidad de uno de los científicos del pasado capitalista y que de esa manera logró perpetuarse y difundir su ego y sus valores. Es una especie de materialización de "los rezagos del pasado", término conocido de sobra por los que hemos vivido en Cuba después de 1959. Rezagos responsables de un sinnúmero de problemas que entorpecían la marcha de la construcción del socialismo caribeño. Este poder, también entorpece la evolución hacia la perfección de la sociedad de **El año 200**, y es uno de los enemigos a combatir por los dirigentes del mundo creado por Agustín de Rojas.

¿UNA UTOPIA COMUNISTA?

Esta interrogante surge ante la estructura social descrita en la novela, fundamentalmente la manera en que se gobierna. Si profundizamos tan solo en la manera en que se lleva a cabo el enfrentamiento entre las fuerzas del bien y las del retrógrado pasado notaremos donde radica el verdadero poder. El Concejo Supremo se entera de lo que le permite el Sistema Integrado Cibernético; es mantenido al margen de la amenaza más importante a que puede ser sometido un sistema de gobierno o una formación social: su destrucción.

Los únicos que conocían los planes de contingencia del Archivo Central, eran los Cibor, que se comportan en la historia como criaturas del Archivo Central, al ser impulsada su formación por este. Constructores de su hacedor, son los únicos con capacidad de hacerlo y nadie puede entender su obra y mucho menos alterarla. Es Maya, una cibo, el arma definitiva que protege a la sociedad de los poderosos enemigos a los que se enfrenta, mediante sus terribles poderes mentales. Mientras todo esto pasaba el resto de la humanidad (normos y privos) seguían su vida idílica, como hobbits comarqueños de factura comunista.

No es la fuerza de toda la sociedad comunista la que, armada de su ideología superior, destruye el peligro, como correspondería a una utopía comunista. Son los más capacitados, los más poderosos, los que llevan a feliz término la historia. De la misma manera que son ellos los que han estado dirigiendo la sociedad de **El Año 200**. Esta idea del gobierno de los más inteligentes y capacitados en beneficio del resto de la humanidad desvalida es muy vieja; la podemos encontrar en los textos de Platón, con su gobierno de los sabios y fue luego retomada por los liberales desde los inicios de las revoluciones burguesas.

Entonces estamos ante un mundo en el que han triunfado, enmascarados en la fraseología comunista, los ideales del liberalismo. Un mundo dirigido por los más capaces. Podemos afirmar más, un mundo en el que, al fin, existe el monarca perfecto, benévolo y justiciero, que ha librado a los hombres de la necesidad de dirigir su sociedad y de una parte de la molesta libertad. Una benévola y responsable *Multivac* que protege y dirige hasta el punto en el que no necesita ninguna intervención de la débil humanidad, solo deben cumplir sus sabias y bien intencionadas órdenes.

Un mundo centralizado y verticalista, intolerante, donde las personas no soportan las diferencias, amante del gigantismo, con poca participación efectiva de sus pobladores en la toma de decisiones políticas, con una gran apatía política, rezagos del pasado y donde los inconformes solo pueden aislarse o suicidarse. Así es el mundo creado por el autor, ese es el universo descrito por Agustín de Rojas en **El año 200**. Libro en el que su autor organiza una sociedad que no se ajusta a la utopía comunista y que utiliza para criticar elementos negativos de la sociedad socialista de los ochenta, en especial de la cubana, la que conocía más de cerca.

³ Rojas, Agustín de: *Año 200* Editorial Letras Cubanas, Colección Radar, La Habana, Cuba, 1990.p 227

⁴ Rojas, Agustín de: *Año 200* Editorial Letras Cubanas, Colección Radar, La Habana, Cuba, 1990.p 539

Agustín de Rojas o la paradoja de una anticipación

Por: Rubén Artiles.

Publicado el 22/9/2011 en Islida

Agustín de Rojas. Casi nunca tenemos el privilegio o la posibilidad de poder acercarnos lo suficiente a un creador como para atrevernos a especular sobre qué esconde tras su obra. Casi nunca podemos fisgonear lo suficiente, invadir su casa, que invada la nuestra, enfrentar con frecuencia su insoportable ego al desnudo, sus desvaríos, tener privilegiado acceso a todo su trabajo éditado y a la mayoría del inédito también, a las opiniones de toda clase de sus contemporáneos. Aún así, quizás nunca sea suficiente para que alguien se sienta tentado a aventurarse en opinar sobre las intenciones últimas que persigue un autor en su trabajo. Con Agustín de Rojas puede que estemos ante uno de los peores casos posibles para hacerlo, pero igual me atrevo por la gran suerte de nuestras cercanías, la geográfica y la de los intereses comunes que nos unen, y por la cara amistad que durante más de dos décadas hemos mantenido contra viento y marea.

Hace veintidós años conversamos por primera vez. Su obra futurista estaba por alcanzar el clímax que le aportaría su última novela de anticipación y, sin embargo, no había leído nada de él. Recuerdo con claridad la sencillez, la humildad con que en aquella tarde de 1989, después de una lectura de poetas jóvenes en la sede villaclareña de la Asociación Hermanos Saíz (AHS), soportó estoicamente mis alardes sobre temas de cinología con c, ciencia relacionada con los perros de raza, cuya existencia él desconocía, al rectificarle yo sobre las diferencias entre aquella y la sinología con s, estudiosa de la China. No faltaba mucho para que, recién horneada de la imprenta, estuviera en mis manos **El año 200**, gracias a la entusiasta recomendación de un compañero universitario. Me estremecí. Desde muy joven leía ciencia ficción y la decepción que siempre causaba en mí la nuestra pesaba mucho, no solo el subgénero prácticamente inexistente, sino lo fantástico en general. Prejuiciado me lancé sobre aquellas páginas y, de un asombro a otro, en menos de dos meses su trilogía completa era algo que no dejaba de reciclar en mi cabeza divirtiéndome. A esta altura lo que era una amistad ingenua se convirtió en mucho más: Agustín dispuesto y yo agradecido. No podía ser de otra manera. La evolución de los años agregaría mucha complicidad e información entre los dos como para que intente opinar ahora.

Partamos de un hecho: la ciencia ficción y el subdesarrollo no son muy compatibles, ni para crearla ni para ser leída, porque, se acepte o no, el subdesarrollo económico es, en buena medida, consecuencia del desarrollo cultural de una región o país, sobre todo la que tributa al desarrollo histórico de las ciencias y la industria. (Solo basta con mirar la lista de grandes nombres que el Tercer Mundo —América Latina, África y el Sudeste Asiático— aportan a la literatura en general y la inexistencia de autores de igual talla que tributan a este subgénero).

Si el progreso científico cultural de un país es pobre, en él a la ciencia ficción dura le será muy difícil crecer: primero por lo exigente que es con quienes la cultivan, por la formación científica que les demanda para especular y, segundo, porque también es exigente en cuanto a conocimientos previos de los que la consumen; por tanto franquear las distancias entre el emisor-artista y el receptor-lector-público lleva una necesaria y peculiar complicidad. Entonces ¿cómo y por qué Agustín y la ciencia ficción?

Agustín es un verdadero científico. Nunca ha dejado ni dejará de serlo. Sin embargo, por encima de esa dedicación —que, entre otras, tempranamente lo convirtió en un hombre capaz de escribir **Espiral**— está el afán por ser maestro. Desde su adolescencia, por necesidades de la Revolución, se enfrentó a la docencia, y la chispa, la pasión por enseñar quedó en él: para cumplir con esos dos propósitos se graduó como licenciado en Biología en La Habana en 1972. ¿Podríamos imaginar entonces el tremendo choque que debió sufrir su talento al caer de golpe en un aula, frente a futuros maestros del músculo, es decir, de la Educación Física? Estoy seguro que se hubiera asfixiado si el furibundo lector que sin duda era no hubiera tenido a mano el imaginario ajeno y a través de él llegar al propio, inflamarlo catárticamente hasta convertirlo en el escritor que siempre debió ser.

No existe referencia alguna de escrito suyo anterior a su primera novela. Sin duda ese dato es muy curioso. No creo que pensara convertirse en novelista. Sospecho que la frustración temprana que de a poco le provocó la enseñanza por medios ortodoxos, en las circunstancias que le tocaron, lo llevó a buscar un modo diferente y más abarcador para intentarlo desde la sugerencia y así aspirar a verter hacia la sociedad todo el cúmulo de experiencia científica y docente como necesitaba hacerlo. Así llega al arte el maestro, el científico; y sobre él se lanzó con todos sus pertrechos teóricos, con todos sus sueños, ahora apostando por enmascarar su mensaje didáctico a través del imaginario colectivo. Si bien su obra está abierta a cualquier público, con los diferentes niveles de lectura que cada cual sea capaz de hacer en ella, su primera etapa, la futurista, está llena de un complejo derroche imaginativo, con mil

y un ganchos narrativos fincados sobre la especulación científica más refinada. Presumo que con tales premios para el lector potencial, utópicamente Agustín intentaba captar la atención de la masa creciente de científicos e intelectuales de la isla, para de algún modo influir en los rumbos de la misma. Así llegaron los frutos que nos permitieron conocerlo. Pero, ¿cómo demostrarlo?

No existe obra alguna de este autor en la cual no aparezcan los conflictos éticos y morales en primer plano, o, por complicadas que sean las soluciones, la balanza se incline a favor del mal. Por compleja que sea la forma, por disimulado que ocurra, el bien siempre queda como vencedor, así sea de modo místico, como ocurre al morir Zakkay en **El Publicano** para que aun sin quererlo, por su sacrificio recibir la redención. Pero, perdón, me he adelantado mucho.

Aún era joven Agustín cuando empezó a novelar y aunque sin duda en él ya existía una temprana sabiduría, esta no era suficiente para salvarlo de cierta ingenuidad, ingenuidad por demás reclamada por Aristóteles para que tal suma de conocimiento exista, pues sin ella es imposible que un espíritu se mantenga lo suficientemente fresco, abierto, no anquilosado, para poder amasar el conocimiento de siglos de forma consumada y consciente. Ingenuo porque a pesar de que se estaba llegando al final de una época histórica convulsa, él apostaba a "luchar" literariamente por lo mejor de sus valores, arriesgándose a crear una obra sólida sobre baluartes político-sociales que, como mínimo, pasarían de moda, cuando no desaparecerían para siempre.

Estaba por caer el campo socialista y esa caída pondría fin a la guerra fría, al tiempo que en lo científico despegaba la nanotecnología hasta espacios que la ciencia ficción no podía anticipar: nacía el microprocesador; se desarrollaban las comunicaciones satelitales para fines pacíficos, aparecían los retrovirales, llegaría Internet, la telefonía celular etc. A pesar de ello, el trabajo de anticipación de Agustín creció, se fue complejizando en ese mismo período de cambios en la medida en que sus novelas aparecían. Si bien en la primera (**Espiral**, 1980), la épica nos lleva de la mano intentando redescubrir un planeta y una humanidad post-holocausto nuclear, ya la segunda, (**Una leyenda del futuro**, 1985) nos muestra un drama altruista, psicológico, en un espacio cerrado, profundizando sobre lo estrictamente grupal, libro que atrevidamente comienza y termina en lo onírico; con la tercera (**El año 200**, 1990) llega la apoteosis de sus mundos novelados a la síntesis de todo lo anterior que escribiera; obra donde la complejidad psicológica a que ya nos acostumbraba eleva sus presupuestos y por primera vez francamente se enfrentan los buenos y los malos, con todos los matices posibles, con todos los intereses probables, retomándose la historia de personaje en personaje, para al final diluirse el protagonismo de la pieza mientras se desborda la fábula.

A pesar de lo que había crecido Agustín como intelectual y creador por este camino, el mismo estaba por cerrarse. Llevó al extremo la lucha de clases, el enfrentamiento del bien y el mal, contra el Imperio, palabra que aunque también hoy la retoman los agredidos contra diversos agresores —y no solo contra los Estados Unidos de Norteamérica, como se acostumbraba—, por aquella época sabía demasiado a guerra fría, sostén y motivo impulsor, temático, de gran parte de la ciencia ficción dura del siglo XX, pero a su vez sinónimo de una época que terminaba, precisamente, sin futuro. El muro de Berlín era historia y la URSS estaba por desaparecer.

Como consecuencia del derrumbe de la última utopía, la del socialismo ortodoxo del siglo pasado, nuestro medio sufrió un cataclismo tan complejo que aún hoy no hemos sido capaces de describir a plenitud, pues hasta ahora el intento de hacerlo ha quedado mayoritariamente convertido en un realismo sucio que más que expresar pretende vender desvergonzadamente un escándalo y no encontrar la raíz humana de tanta tragedia, de tanto absurdo, de tanto dolor, de tanta desesperación, de tanta vergüenza. Con la desaparición del bloque socialista europeo Cuba sufriría la peor crisis económica de todos sus tiempos, eufemísticamente llamada Período Especial. No hace falta detallarlo. El eco de esa calamidad aún no se apaga.

Si tecnológicamente se hace difícil anticipar, si no hay guerra fría que apoye la búsqueda holocáustica a la que tanto nos acostumbró la ciencia ficción del siglo XX y el propio Agustín, si los valores éticos y morales por los que tanto luchamos menguan con la miseria material, la que al final, marxistas como somos, tenemos que admitir nos influye —el hombre piensa como vive—, si buena parte de los mejores científicos e intelectuales de la isla tomarían parte de un exilio económico masivo e indetenible, entonces, ¿podía seguir siendo este género el mejor vehículo, el mejor pretexto para que Agustín evolucionara, para que siguiera con su labor de enseñar, de entregar un mensaje panhumano? Como ha ocurrido a la mayoría de nuestros grandes intelectuales, en la raíz martiana, siempre doctrinal, encontraría las respuestas, las sugerencias para hacerlo; pues al buscar en su esencia inevitablemente llegaremos a su profundo y original evangelismo. Allí —como bien Agustín le apuntara a Yoss en una entrevista de 2009— están las enseñanzas cristianas, tan consustanciales al ideario más importante sobre el que se erige la cubanía. Y allí encontró Agustín su salvación. Pero para dar ese salto, tendría que prepararse como nunca.

La última novela impresa de este autor —**El Publicano**, 1997—, lo alejaría en 180 grados de sus acostumbrados espacios: del futuro al pasado, de la ciencia al mito, de la fantasía a lo histórico. Esos eran los retos que debía enfrentar el Agustín novelista y maestro, y el científico vino en ayuda de ambos. Si alguna obra le llevaría

estudio sería esta, pues además del rigor necesario para aventurarse en estos predios, recordemos que el tema elegido nada tenía que ver con su formación profesional, a la que tanto debía su literatura futurista. En esta ocasión se lanzaba a recrear parte de los últimos días del ministerio de Jesús de Nazaret, el personaje más difundido y vilipendiado de la historia de occidente, tema central de los escritos de los evangelistas, tratado en cuanta razón religiosa lo precedió, y que en los últimos cien años ha sido protagonista en la literatura de escritores de la talla de Bulgákov, Nikos Kazantzakis, Roa Bastos, J.J. Benítez, por recordar mis preferidos.

Agustín lo intentó y lo logró. Pero a qué precio. Transcurrían los años 1993 y 1994, el Periodo Especial en su apogeo, él perdiendo literalmente sus dientes por desnutrición. Para sobrevivir, sobre todo su espíritu, en vez de plegarse a vender lo "sucio" del momento, como hicieron gran parte de los escritores de la isla —primero para comer, después para lucrar—, lo único que podía hacer era ufanarse por escribir sin descanso una obra monumental, una obra sobre el amor, una obra sobre la fe, la que tanto habíamos perdido, la que tanto necesitábamos reencontrar. Por lo menos fracasó una vez antes de lograrlo y prueba de ello fue el primer manuscrito que envió hasta la Editorial Letras Cubanas. Aún recuerdo a Amir Valle —quién lo tuvo en sus manos y lo leyó— confesándome lo disparatada e inservible que era aquella versión. Pero insistió y llegó el fruto.

Con esta novela Agustín se consagra como el gran antropólogo y escritor que es, mientras se estrena en el rol de un historiador bíblico de talla mundial. Desde que Yohua bar Maryam se nos presenta, la magia de sus trenzas largas y rojas nos seduce de un modo tan convincente que por primera vez uno siente —creyente o no— que tiene enfrente a un personaje de carne y hueso que de a poco se convierte en Jesús, pero un Jesús al final salvado de saber a estampilla y a adoración. Sin embargo, no por lograr eso, no por humanizar el mito, el autor agota su misterio, sino que lo reafirma por el recurso de su verosímil ingenuidad, mientras que el peso de lo real recae sobre el protagonista formal, el mundano Zakkay, personaje menor en las sagradas escrituras que sirve para pretextarnos la historia mostrada y gracias al cual se nos entregará el gran mensaje de la misma: de cualquier modo la redención es posible. ¿Acaso, al asegurar eso, Agustín no se está atreviendo a la mayor de las anticipaciones posibles, a la mística? Con esa gran paradoja cierra su obra.

Mucho se ha especulado sobre el destino literario de Agustín, mucho se le ha increpado. Primero los seguidores de la ciencia ficción, por abandonarla; después los seguidores de su legado cristiano, por dejar inconclusa la supuesta segunda parte de su trabajo sobre Jesús, La llegada del reino o Kindong, como aparece nombrada digitalmente en sus borradores. Que si en este último caso temió llegar al lugar común del viacrucis, que si se agotó, que si se le adelantó Roa Bastos en usar un final parecido para su Hijo del hombre al que él preparaba para esta pieza. En fin, mil y una posibilidad y quizás todas con algo de cierto. Sin embargo, por encima de todo ello, creo que este autor todavía era un hombre lo suficientemente lúcido como para saber que provocar tantas especulaciones, el no responderlas, puede ser colofón para cerrar una obra con broche de oro, tal como hizo Rulfo, tal como recomendaba Monterroso en su fábula del zorro.

Injustos, cuando juzgamos a Agustín de Rojas, nadie se detiene a pensar en el increíble trabajo que este hombre desarrolló en solo quince años, si atendemos a la datación de la última novela y a su confesión verbal de que sólo demoró alrededor de un año en escribir **Espiral**, la primera, única no fechada. Por cuestionar se le cuestiona hasta la cordura —que poco importa con el respaldo de su obra.

Para hacer un estudio abarcador de esta, al lado de escritores y especialistas en literatura, debieran estar bioquímicos, fisiólogos, sicólogos, sociólogos, lingüistas, politólogos, teólogos, historiadores bíblicos, ocultistas, mitólogos, filósofos, estetas —con los que tanto difiere—, por solo nombrar los más cercanos campos especializados sobre los que ha fincado una labor que no se ha limitado a la novelística, sino que ocupa la narrativa breve, —aunque escasa contribuye con un cuento de lujo: **Aire**—, la ensayística, donde aporta un curioso libro —*Catarsis y sociedad*, 1994—, y muchos otros textos de crítica literaria, sobre temas religiosos, magia negra, estudios teatrales; trabajos desperdigados a lo largo de los últimos años en revistas, folletos y publicaciones digitales.

Si reconociéramos tamaña labor, tan versátil, profunda y extensa, su autenticidad, su excelencia, de seguro este autor tendría un buen puesto en el parnaso de los grandes de las últimas décadas, uno de los pocos cubanos vivos con capacidad y poder para escribir genuinos bestsellers, a pesar de los defectos comunes de su escritura, defectos que sin duda no serían notables en la mayoría de sus trabajos si hubieran tenido la suerte que corrió **Espiral**, editada nada más y nada menos que a manos de Miguel Barnet.

Cabría pensar que el azar ha sido adverso al final de esta obra, opacada por la escasa tirada de su última y más importante novela —apenas dos mil ejemplares—, por sus problemas de edición —desde el primer párrafo hay momentos en que la puntuación se hace terrible—, por ver la luz en medio de un editorialismo inmenso y efímero que hace parecer a los títulos simples olas en medio de una verdadera tormenta editorial en la que es difícil detenerse a mirar, a tomar en cuenta, a leer y por tanto juzgar lo que debe ser juzgado. Quizás más allá de ello, **El Publicano** no ha encontrado el gran lector que necesita, al Cortázar que convirtió a **Paradiso** en mito a pesar de los numerosos

correligionarios de Lezama que, como Carpentier, no dejaban de criticarlo; tampoco se ha encontrado con el crítico capaz de vindicarlo como se merece hasta que sea ubicado en el sitio de las obras imprescindibles por y para el bien de todos.

Ojalá toda su obra sea algún día validada —reeditada también— con todo el rigor que amerita en bien de esta patria grande que es Cuba, grande precisamente por contar en su esencia con hombres que se han anticipado al decir de todos los demás, hombres como Poey, como Varela, como Martí, como Lezama e incluso también —¿por qué no?— como Agustín de Rojas, que en un momento crítico de la nación inventó un auténtico evangelio, paradójicamente ateo, para que al final, con Dios, nunca nos falte la esperanza.

En Santa Clara, 21 de Julio de 2011

Rubén Artilés Egües (Santa Clara, 1964). Médico, poeta, narrador y crítico. Ha publicado **El muro blanco** (Ediciones San Librario, Colombia, 2006)

El año 200

(Fragmento)

Agustín de Rojas



II.

UNA AVENTURA DE FERHAD

De forma casi insensible, había descendido el nivel de la niebla, y ahora apenas llegaba a la cintura de Ferhad. Viendo los harapos con los que el héroe intentaba protegerse del frío, los puños de Bennie se cerraron con fuerza. Cuánto había tenido que soportar Ferhad en las mazmorras del Castillo Peligroso... De solo pensar en lo que le esperaba si lograban capturarlo de nuevo, se le erizaron los vellos de la nuca. Oh, no; no *podía* suceder. *Debía escapar, tenía que escapar...* Miró hacia adelante, esperanzado. Sí, allí estaban, maravillosamente cercanas ya, las Montañas Negras. Bastaría sólo cruzarlas, y Ferhad estaría a salvo. Fuera del Valle Encantado, el poder del Mago Bohz se debilitaba considerablemente, y Ferhad podría enfrentársele de igual a igual...

Bennie contuvo la respiración: ¡Aquel torbellino verde se dirigía directamente hacia Ferhad! ¿Qué podría hacer? ¿Como escaparía de ser convertido en piedra, como tantos otros que habían desafiado al poderoso Bohz? Y sin poder avisarte... ¿Qué...? Bien, muy bien; pero muy bien. Ferhad se había detenido, inmovilizándose hasta parecer otra de las innumerables estatuas de piedra que cubrían el Valle Encantado; y el torbellino estaba pasando a escasos centímetros de su pecho, ignorante de que el enemigo más encarnizado de su amo estaba allí, a su mismo lado.

Bennie rió entre dientes, aliviado. Era una suerte que los torbellinos verdes solo pudieran percibir los objetos en movimiento... Ferhad había reanudado la marcha. Perfecto; la niebla apenas cubría ya sus muslos. Bennie podía ver, no lejos, la entrada del desfiladero. Pronto saldría, y... Pero, *¿acaso no había más torbellinos que antes?*

Lleno de inquietud, se mordió los labios. Seguramente Bohz ya había descubierto la fuga del prisionero, y estaba movilizando su tenebroso ejército para recapturarlo; bien sabía el peligro que constituía para él un Ferhad libre, con todo lo que sabía sobre sus secretos... Pero el héroe prácticamente ya estaba fuera de su alcance; con la niebla sólo llegando a sus rodillas, los torbellinos no podrían alcanzarlo, ¿O sí? Apúrate, Ferhad, apúrate... le apremió Bennie en silencio.

El rojo estallido de luz le cegó momentáneamente. ¿Qué era eso? Miró entre los párpados semicerrados. Todo parecía normal... ¡Otro destello deslumbrante, ahora amarillo! Bennie comprendió: ¡El Hechizo de los Siete Colores! Sus labios se torcieron desdenosamente. Ferhad no caería en la trampa. Sí, él conocía el conjuro necesario para deshacer ese hechizo; mas, si lo utilizaba, Bohz sabría inmediatamente dónde estaba. Pero Ferhad no era tan torpe... Sonriéndose, Bennie lo miró continuar su camino, deteniéndose con los ojos cerrados justo antes de que explotara cada nueva catarata de color: azul oscuro, naranja, violeta, azul pálido, verde... Bennie rió para sus adentros. ¿Desistes, viejo Bohz? ¿Te has convencido de que Ferhad es más astuto que tú?

Ya el héroe había emprendido el ascenso hacia el paso entre las montañas, libre de la pérfida niebla; faltaba poco para consumir exitosamente su huida... Pero todavía no podía confiarse; estremeciéndose, Bennie recordó a los Vigías. Podía darse por descontado que Bohz ya los había alertado sobre la fuga del prisionero, añadiendo algunas horribles amenazas sobre la suerte que le esperaba al Vigía que lo dejase escapar... Trémulo de emoción, Bennie miró al héroe volver la cabeza atrás, dedicando una última ojeada al Valle Encantado. Junto con él, Bennie contempló la oscura masa del Castillo Peligroso, los incontables torbellinos verdes moviéndose desordenadamente entre las pétreas cabezas de sus víctimas que emergían aquí y allá sobre la sempiterna niebla gris. Por encima del tétrico escenario, estaba aquel inmutable cielo amarillento, ya fuera de día o de noche... Bennie sintió ascender un escalofrío por su espalda; la maldad que saturaba aquel valle era algo palpable, real.

Dándose vuelta, Ferhad entró en el desfiladero. Ahora debía buscar a Ileen, el Elfo de los Ojos Penetrantes y al temido Brattnir, el Enano del Martillo; juntos, podrían... ¡Cuidado, Ferhad! ¡El Vigía!

Los ojos de Bennie apenas pudieron seguir el velocísimo movimiento de retroceso del héroe: allí donde había estado un segundo antes, se revolvía entre nubes de polvo la chasqueada Araña Gigante, incorporándose trabajosamente, de sus semiabiertas mandíbulas todavía goteando el negruzco veneno que habría paralizado instantáneamente a Ferhad, dejándolo indefenso en su poder... ¡Atácala, rápido, antes de que termine de recuperarse!

Con dificultad, Bennie logró dominarse. No, así no; su héroe jamás atacaría a alguien incapaz de defenderse. Esperaría a que estuviera en condiciones de hacerle frente, y entonces... Bennie se humedeció los labios, rescos por la expectativa del duelo que se avecinaba: Ferhad estaba extrayendo —¡oh cuán lentamente!— su espada. ¡Cómo brillaba!

La Araña Gigante, ya recuperada, retrocedía agazapándose, los malignos ojillos centelleando de furia y miedo. Era evidente que la velocidad de reacción de Ferhad la había desconcertado. Si a eso se le añadía las advertencias que Bohz seguramente habría hecho circular sobre la habilidad en el combate del fugitivo... ¡Rápido, Ferhad! ¡Atácala antes de que huya!

Anticipándose en una fracción de segundo al pensamiento de Bennie, Ferhad había saltado adelante, haciendo girar de forma amenazadora la reluciente espada; la posible retirada de la Araña Gigante quedaba cortada, tendría que luchar...

De pronto, Ferhad y la Araña Gigante desaparecieron.

En su lugar, Bennie vio la bien conocida imagen de un rostro femenino. Gimió:

—¡Oh, no, mamá! ¿No pudiste elegir otro momento?

Haciendo caso omiso de su protesta, la holoimagen preguntó con aparente seriedad:

—¿No es usted Ben Slidell?

—¡No!

La holoimagen chasqueó la lengua.

—Lástima; tendré que decirle a Winnie que no...

Ben Slidell recuperó instantáneamente su personalidad.

— ¿Winnie? ¿Por qué no lo dijiste antes? —y sin esperar respuesta, desprendió la banda inductora de sus ojos. ¿Por qué Winnie había venido tan temprano...? Se preguntó mientras forcejeaba con el sensocasco, intentando sacárselo de la cabeza. ¿Qué hora sería, después de todo?

Indagó en voz alta:

—¿Qué hora es, Duende?

La respuesta —rápida y exacta— brotó del aire.

—Son las catorce horas con veintidós minutos del día ocho de no...

—Ya basta —cortó Bennie al prolijo cerebro cibernético. Levantándose del butacón, se dirigió a la pared más cercana. No había pensado que fuera tan tarde...

—¡Ropa Duende! —ordenó. La pared se abrió, y de su interior surgieron dos delgados brazos sosteniendo entre sus pinzas una túnica blanca de cinturón rojo. Bennie hizo un gesto negativo.

—Esa no; quiero una marrón.

Ferhad *siempre* usaba túnicas marronas.

2

—Winnie...

Los ojos de la interpelada se alzaron con rapidez hacia el punto donde el tronco del árbol se dividía en dos gruesas ramas; sobre la bifurcación había reaparecido la imagen tridimensional de la cabeza de Donna Slidell.

—...ya le avisé; si quieres entrar, o tomar algo mientras esperas...

La niña se excusó cortésmente:

—Gracias, tía Donna, pero estamos atrasados. Tal vez al regreso...

Tía Donna asintió.

—Como gustes, cariño.

Y la cabeza desapareció.

Winnie se reacomodó sobre la piedra en que se había sentado, la mirada otra vez fija en el tronco del árbol.

Esperó.

Al cabo de un minuto, su pie comenzó a golpear rítmicamente el colchón de hojas caídas sobre el suelo. Si Bennie seguía demorándose, terminarían por llegar tarde al Parque... Y precisamente hoy, que comenzarían las competencias individuales de avispas; el tío instructor les había advertido...

La corteza del tronco se descorrió silenciosamente, dejando ver la ancha cavidad ovalada en su interior, y la ascendente cabeza de Bennie. Los campos de fuerza continuaron elevándolo, descubriendo poco a poco su elegante túnica de color castaño, ceñida a la cintura por un grueso cinturón negro; las botas, también negras, casi le llegaban a las rodillas.

Sin esperar a que sus pies alcanzasen el nivel del suelo, Bennie abandonó de un salto el elevador.

—¡El último en llegar a la pradera es un cibo!

Diez segundos después, sus figuras habían desaparecido tras los árboles. Donna Slidell desconectó el exterovisor, sonriendo con ternura maternal. Querido, maravilloso Bennie... Aunque a veces era exasperante; no podía negarlo. Pero, en otras ocasiones —como ahora— constituía un verdadero tónico para su espíritu...

Suspiró, y desaparecieron los restos de su sonrisa. Los períodos improductivos le desquiciaban los nervios. Sobre todo, este en particular; no recordaba otro tan prolongado y deprimente. Ya iba por dos meses —¿o tres? — de continuos esfuerzos, tensando conocimientos e imaginación al máximo, y sin ningún resultado... ¿Se le habría agotado definitivamente la inspiración?

Apretó los dientes. Eso estaba todavía por verse.

Volvió a concentrarse en la pantalla central de su mesa de trabajo. Los artículos de Deriaguin siempre eran estimulantes; la audacia de sus pensamientos le había provocado no pocas ideas. Y también, aquella límpida prosa...

—Le llaman, Donna.

Demonios.

—¿Quién?

Del invisible altavoz salió algo semejante a un carraspeo; el tono en que ella había formulado la pregunta no era precisamente pacífico.

—No..., no le conozco —tartamudeó el cerebro casero.

Decididamente, hoy no le sería posible trabajar.

—No tiene importancia, Duende —después de todo, él no era responsable de aquella llamada... y había que tomar en cuenta la susceptibilidad de los últimos modelos de Lares Domésticos.

Establece la comunicación.

Desde la pantalla del estereovisor la examinó el rostro de un hombre de mediana edad, el ceño fruncido.

—¿La ingeniera emocional Donna Slidell? Los ojos de Donna se entornaron levemente.

—No. Soy Donna Slidell, ingeniera ambiental —silabeó con toda claridad la última palabra; pero el desconocido no se inmutó.

—Mi nombre es Mifflin. Giles Mifflin, filósofo. Actualmente estoy buscando una nueva residencia, Slidell. Algún lugar agradable, tranquilo; para mis meditaciones me es necesario...

Donna sonrió para sus adentros. En general, le era desagradable rechazar las peticiones de quienes deseaban vivir en Soto Apacible; pero en este caso... Sin ceremonias, lo interrumpió en plena exposición de los requisitos que debía satisfacer el lugar de su nueva residencia:

—Lo siento, Tifflin.

—Mifflin —le corrigió en tono ofendido su interlocutor.

—Pero aquí todas las viviendas están ocupadas en la actualidad. Y no se prevé ninguna vacante para un futuro próximo.

Mifflin bajó su desconcertada mirada hacia algo no visible en el estereovisor, y casi inmediatamente, volvió a levantarla:

—Debe haber algún error, Slidell; en los índices habitacionales solo aparecen registrados allí veinte núcleos.

—Y no están equivocados. Ese es el número de viviendas que posee el Soto Apacible.

—¿Veinte núcleos en cinco hectáreas?

—Exactamente: por algo se denomina apacible.

El hombre pestañeó; visiblemente había perdido buena parte de su aire de seguridad inicial. Balbució:

—Oh, sí..., pero no creo que la diferencia entre veinte y veintiuno sea algo significativo, Slidell; se podría...

A estas alturas, Donna ya había clasificado a su interlocutor (necesariamente, todo ingeniero ambiental tiene algo de sicosociólogo); era indudable que se trataba de uno de esos místicos que se consideraban el ombligo del mundo.

Reflexionó brevemente sobre su proceder inmediato. Sugerirle que esperara una vacante, sería actuar de forma no ética; era evidente que Mifflin no pasaría los tests de compatibilidad con sus futuros vecinos. Solo había una solución... Tomó aliento;

—Siento desilusionarlo, Mifflin; pero veinte es la cifra óptima. Los fundamentos de los cálculos que llevan a esta conclusión solo son comprensibles para un especialista en ambientalística, y usted no lo es. Me parece algo inútil hacerle perder su tiempo —y el mío, se dijo a sí misma— escuchando argumentos que no comprendería. Lo único que puedo hacer por usted es recomendarle que se dirija a Rickenbacker. Arnold Rickenbacker —pronunció lenta y claramente—, ingeniero ambiental. Se ha especializado en la construcción de ermitas. Si su estilo no le satisface, puede pedirle referencias sobre otros especialistas en ese campo; él lo conoce mejor que yo.

Giles Mifflin había tenido tiempo de recobrar su aire distante. Murmuró gélidamente:

—Gracias —y cortó la comunicación.

Donna se reclinó en el asiento, sintiéndose terriblemente fatigada. Estaba visto; no era fácil ser ingeniera ambiental. *Ambiental*, y no emocional, como había dicho aquel ignorante. Que hubiera alguien incapaz de distinguir entre «emos» y «ambis»... Al menos, los emocionalistas no tenían que soportar peticiones arbitrarias... Aunque había

algunas semejanzas innegables; ambas ingenierías (las únicas que quedaban sobre la Tierra) exigían de sus practicantes esa sensibilidad tan peculiar para lo bello, conjugada con un conocimiento profundo de las claves que permiten conmover las fibras instintivas del ser humano, despertando emociones que —sabiamente manipuladas por sus creadores— culminaban en una nueva experiencia sensointelectual (o intelectosensual; el término correcto todavía se discutía), en un enriquecimiento del universo individual y colectivo..., pero allí terminaba el parecido.

Las obras de los emocionalistas podían —y debían— ser agresivas, punzantes, verdaderos imanes a los cuales era prácticamente imposible escapar; pero no eran soportables más que durante minutos... horas, en el mejor de los casos. Un contacto de mayor duración con ellas provocaría la insensibilización emocional del receptor o, tal vez, su locura. No, los «ambis» debían ser mucho más sutiles...

Además, no se trataba solamente de las necesidades emocionales de los usuarios de las viviendas, o de los laboratorios, o de los parques; también había que tomar en cuenta otros factores, otras limitantes. Desde esta perspectiva, la ambientalística se aproximaba a la complejidad del trabajo de los analistas; el ingeniero debía tener conocimientos de ecología (era deseable que el entorno biológico sufriera el mínimo de alteraciones), de cibernética (no era fácil encontrar la variante óptima de uso de los servosistemas domésticos; tan inconveniente era un hogar que requiriera demasiada atención del inquilino, como otro que no exigiera ninguna), de sicosociología (el lego no podía concebir siquiera las diferencias de gusto que existían normalmente entre dos usuarios de características en apariencias iguales)... La relación completa de todos los requisitos que debía satisfacer un ingeniero ambiental sería algo interminable. Y tan bello trabajo —que requería tanta sutileza como energía, tanta inspiración como cálculo frío— era su profesión. ¿O sería mejor decir «había sido»?

Donna se mordió los labios. Necesitaba tomar un descanso; en su estado de ánimo actual no llegaría a ningún lado.

Manipulando los controles de su mesa de trabajo, hizo desaparecer de las ventanas las imágenes de un mar sereno... Cesó de escuchar el pausado choque de las olas contra la inexistente playa (en ritmo cuidadosamente programado por ella misma para obtener el máximo efecto sedante con una interferencia mínima sobre sus facultades creativas) y, por un breve instante, su estudio pareció ser lo que era; una habitación de paredes desnudas construidas quince metros bajo tierra.

Conectó el sistema exterovisor, y el bosque murmuró en torno a ella.

Se levantó del asiento. Seguramente, Bennie habría dejado su cuarto en pleno desorden; era lo habitual cuando la llegada de Winnie lo sorprendía contemplando un sensofilme.

Frente a Donna se corrió un panel en la pared, descubriendo la hueca cavidad del ascensor.

Dio un paso hacia lo que parecía ser un abismo insondable, y los invisibles campos de fuerza la sostuvieron suave y firmemente... De todas formas, debía modificar el elevador; no todas sus visitas eran inmunes al vértigo. No sería algo complicado; bastaría con la típica plataforma abierta...

—Al cuarto de Bennie —murmuró abstraída en el diseño mental de la plataforma.

La forma ovalada no era nada original; pero no veía alternativas estéticamente comparables, sin caer en formas demasiado rebuscadas... ¿y el color? ¿Blanco? ¿Gris, como en casa de los Wrenzel? ¿O verde, como el césped?

Todavía no había podido decidirse por alguno de ellos cuando se abrió ante ella la puerta de la habitación de Bennie. Aplazando para otro momento la elección del color apropiado —mientras tanto, ya sabría su subconsciente determinar el mejor— entró, y de una rápida ojeada enumeró los objetos que se hallaban fuera de lugar.

La túnica casera. Dos sensofilmes, y la caja donde se guardaban; el sensocasco...

—Toma, Duende —dijo, y de la pared emergieron los flexibles brazos articulados, tomaron la arrugada túnica, y desaparecieron. Agachándose, Donna recogió los sensofilmes, y los introdujo en sus lugares respectivos dentro de la caja. Corrió esta hasta hacerla desaparecer dentro de la pared, y tomó entre sus manos el casco.

Permaneció inmóvil durante algunos segundos. Luego, empezó a ajustarse el casco sobre su cabeza. A veces no venía mal un breve retorno a los tiempos de la infancia, se dijo en tono burlón mientras colocaba sobre sus ojos la banda inductora.



ESPECIAL
AGUSTIN DE ROJAS